

La liturgia de la Palabra en las celebraciones de los santos

1. El misterio de la vida humana

Nos encontramos viviendo en un segmento limitado de la historia y quisiéramos saber qué sentido tiene nuestro vivir en el interior del mismo, a qué conduce. Vivimos a diario la experiencia de que nuestra vida no es un hecho estático, repetitivo, siempre igual a sí mismo, un fenómeno ya catalogado y encerrado en fórmulas y reglas obligadas. Hasta la vida más rutinaria, hasta el sucederse siempre igual de rostros, gestos, cosas, itinerarios, hasta el anónimo repetirse de encuentros, intercambios, demandas y ofertas, puede abrirse cada día a sentidos más recónditos, siempre nuevos. Nos damos cuenta de ello cada vez que celebramos la fiesta de un santo. *Al leer su vida a la luz de la Palabra de Dios*, aprendemos a leer nuestra propia vida, descubrimos el secreto del vivir cotidiano.

Vemos que en la cotidianidad se oculta y a menudo surge una novedad insospechada, que la vida no se improvisa o se produce al azar, ni puede reducirse a respetar unas costumbres más o menos autoritarias. El santo nos da testimonio de que la vida consiste en res-

ponder a las provocaciones que día tras día nos llegan al corazón y a la mente; es deseo de «existir» en este mundo, en un mundo original y, al mismo tiempo, útil y constructivo; es también superación de lo contingente e invocación-presentimiento del futuro, de lo eterno.

2. El misterio de la vida en Cristo, proclamado en el leccionario de los santos

El leccionario para las celebraciones de los santos

La Palabra de Dios nos ayuda a interpretar correctamente la vida de los santos, nos hace descubrir la fecundidad de la Palabra evangélica sembrada en un terreno bueno, meditada en un corazón bien dispuesto. La vida de los santos, leída a la luz de la Palabra de Dios con el estilo de la «meditación» propio de la Madre de Jesús, nos ilumina y nos habla de un modo absolutamente particular: se vuelve, en cierto modo, *Palabra de Dios para nosotros hoy*.

Las ideas-guías del leccionario

A través del leccionario, elaborado según las indicaciones de la constitución litúrgica del Vaticano II, nos ponemos a la escucha de la Palabra de Dios y somos guiados de una manera progresiva, antes que nada, a contemplar con alegría a la Madre de Dios, a verla «unida con un lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo», a contemplarla como «el fruto más espléndido de la Redención», «como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser» (SC 103).

Las múltiples lecturas de las celebraciones de los santos nos llevan, a continuación, a proclamar «las mara-

villas de Cristo en sus servidores y proponen ejemplos oportunos a la imitación de los fieles» (SC 111). Veamos, pues, de una manera más detallada las características de las lecturas de este leccionario.

Las lecturas para las celebraciones de la bienaventurada Virgen María

Para las celebraciones marianas nos referimos a las lecturas bíblicas de la colección de *Misas de la bienaventurada Virgen*. Éstas constituyen un amplio y variado repertorio, que se ha ido formando a lo largo de los siglos, con la aportación de las experiencias de las comunidades eclesiales, tanto antiguas como de nuestro tiempo.

«En este “repertorio bíblico” se pueden distinguir *tres géneros de lecturas*:

- 1) lecturas del Nuevo y del Antiguo Testamento que contemplan directamente la vida y la misión de la bienaventurada Virgen María o contienen profecías que se refieren a ella;
- 2) lecturas del Antiguo Testamento que son aplicadas a santa María desde la antigüedad. En efecto, las sagradas Escrituras, tanto de la antigua como de la nueva Alianza, han sido contempladas por los santos Padres como un conjunto único, lleno del misterio de Cristo y de la Iglesia; por este motivo, algunos hechos, figuras o símbolos del Antiguo Testamento prefiguran o evocan de modo admirable la vida y la misión de la bienaventurada Virgen María, gloriosa hija de Sión y Madre de Cristo;
- 3) lecturas del Nuevo Testamento que no se refieren directamente a la bienaventurada Virgen, pero que se proponen para la celebración de su memoria, a fin de poner de manifiesto que en santa María, la

primera y perfecta discípula de Cristo, resplandecen de modo extraordinario las virtudes –la fe, la esperanza, la humildad, la misericordia, la pureza del corazón...– que son exaltadas en el Evangelio»¹.

Las lecturas para las celebraciones de los santos

Para las celebraciones de los santos, el leccionario nos propone una doble serie de lecturas:

- 1) La primera serie –*Propio de los santos*– contiene las lecturas propias para las solemnidades, las fiestas o las memorias, de algunos santos, lecturas particularmente adecuadas para una celebración dada.
- 2) La segunda serie –*Común de los santos*–, más amplia que la precedente, recoge los textos bíblicos más adecuados para los diferentes *órdenes de santos* (mártires, pastores, vírgenes, etc.) y otros muchos textos, con referencia a la santidad en general. Estos textos se pueden usar a voluntad cuando, por faltar lecturas propias, se remite al común².

Las lecturas están dispuestas en el orden en el que son proclamadas: primero, los textos del Antiguo Testamento; a continuación, los del apóstol; después, los salmos y los versículos interleccionales, y, por último, los evangelios.

¹ *MBVM*, n. 39, p. XXIII.

² En los dos volúmenes de la presente colección dedicados a los santos del calendario, y a fin de permitir un alimento de la Escritura cada vez más abundante, nos hemos preocupado por comentar con el método de la *lectio* la mayor variedad posible de pericopas bíblicas. Por consiguiente, tanto cuando el leccionario carece de lecturas propias y remite al común como en cierto número de otros casos, hemos preferido conservar las lecturas del propio de algunos institutos religiosos, de suerte que quedara mejor encuadrada la figura del santo o de la santa cuya memoria o fiesta se celebra (*Nota de los editores*).

Esta disposición de los textos ha sido adoptada para reafirmar y facilitar, salvo indicación diferente, la facultad de elegir por parte del celebrante, teniendo presente las necesidades pastorales de la asamblea que participa en la misa³.

3. El misterio de la vida de Cristo, celebrado en la liturgia

Cuando la Palabra de Dios resuena en una celebración de los santos,

- se proclama la realización del misterio pascual *hoy*;
- suscita la alabanza y la acción de gracias a Dios por este misterio;
- revela la realización del sacrificio espiritual;
- abre a la bienaventurada esperanza de la «patria»;
- indica abigarrados itinerarios de «vida bienaventurada».

Celebración pascual

La Palabra de Dios que se proclama en la asamblea nos ayuda a comprender que en cada santo se ha realizado el misterio pascual: siguiendo a Cristo, y por una gracia del Espíritu, ese santo ha estado, en Jesús, «*en el mundo, pero sin ser del mundo*» (eso es ser santo); ha pasado, en él, «*de este mundo al Padre*». Todo el evangelio, y en particular la proclamación de las bienaventuranzas, encuentra su propia realización continua en la vida de los santos, de suerte que, al celebrar, anunciamos al mundo la fecundidad de la Palabra de Dios, la

³ Cf. OLM 70ss.

posibilidad y la actualidad de la salvación en cada época de la historia: eso es lo que se dice de una manera sintética en las lecturas de la solemnidad de todos los santos.

La palabra que escuchamos en cada celebración de los santos nos atestigua que «en aquel tiempo» (*in illo tempore*), en el «hoy» del santo, la palabra llegó a su cumplimiento, de modo que –mirando toda la historia– podemos dar fe de que esa historia es realmente historia de *salvación*.

Celebración eucarística

La Palabra, que nos guía a este descubrimiento de la acción de Dios en los santos, suscita el estupor por tanta riqueza y variedad de gracias, y nos anima a la oración de alabanza al Padre, que continúa realizando sus maravillas. En el prefacio de los mártires le damos gracias porque en cada mártir ha sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad su propio testimonio a imitación de Cristo, su Hijo; en el de las santas vírgenes y en el de los religiosos decimos que en ellos «celebramos la grandeza de tus designios. En ellos recobra el hombre la santidad primera que de ti había recibido».

Celebración sacrificial

San Pablo podía decir de sí mismo: «*Ahora me alegro de padecer por vosotros, pues así voy completando en mi existencia mortal, y en favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de las tribulaciones cristianas*» (Col 1,24). Los santos son los que completan en ellos mismos la pasión de Jesús. Y lo que ellos hacen (uso el presente porque los «santos» siguen estando vivos hoy) para obedecer a la Palabra es el sacrificio

espiritual que ponen en las manos de la Iglesia cuando se reúne, de suerte que ésta no llegue a la cita con las manos vacías, sino que disponga de toda esta riqueza para ofrecerla hasta el momento en que Cristo entregará el reino al Padre.

Celebración escatológica

La Palabra nos lleva a contemplar «*una muchedumbre enorme que nadie podía contar. Gentes de toda nación, raza, pueblo y lengua; estaban de pie delante del trono y del Cordero. Vestían de blanco, llevaban palmas en las manos y clamaban con voz potente, diciendo: A nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero, se debe la salvación*» (cf. Ap 7,9ss: primera lectura de la solemnidad de Todos los santos).

Decimos en el prefacio de la solemnidad de Todos los santos: «Hoy nos concedes celebrar la gloria de todos los Santos, nuestros hermanos, asamblea de la Jerusalén celeste, que eternamente te alaba. Hacia ella, aunque peregrinos en país extraño, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y animados por la gloria de los santos».

4. El misterio de la vida en Cristo, vivido en la vida diaria

La celebración remite a la vida diaria

La Palabra evangélica, que resonó *entonces* y que encontró acogida en los santos, llega a nosotros en el *hoy* de la celebración, a fin de que nos convirtamos en un signo actual de la fecundidad de la Palabra y de la actualidad de la salvación. Los dos primeros prefacios

de los santos nos indican que el camino recorrido por los santos puede llegar a ser una señal para el camino que también nosotros debemos emprender para obedecer a Dios:

Tú nos ofreces el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino, para que, animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos, como ellos, la corona de gloria que no se marchita.

Porque mediante el testimonio admirable de tus santos fecundas sin cesar a tu Iglesia con vitalidad siempre nueva, dándonos así pruebas evidentes de tu amor. Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión.

La vida de los santos y la memoria que hacemos de ella en la celebración no pueden conducir a una contemplación estéril, sino que deben impulsarnos a ponernos tras sus huellas para llevar a su cumplimiento la palabra de la que ellos fueron en un tiempo concreto una realización luminosa.

Santos Basilio Magno y Gregorio Nacianceno

2 de enero

Basilio de Cesarea de Capadocia, su hermano Gregorio de Nisa y su amigo Gregorio de Nacianzo son conocidos como los «padres capadocios». Ellos llevaron a la práctica las enseñanzas del Concilio de Nicea sobre la doctrina trinitaria.

Basilio (329-379) nació en una familia profundamente cristiana y recibió una esmerada preparación humanística. Hizo amistad en Atenas con Gregorio de Nacianzo y con él abandonó el mundo, dando origen a una nueva forma de vida comunitaria (monacato basiliano). Ordenado sacerdote y consagrado después obispo de Cesarea, se prodigó en obras caritativas y dio esplendor al culto divino. Ha dejado un rico patrimonio de obras teológicas, espirituales y homiléticas y un precioso epistolario.

También Gregorio de Nacianzo (330-389/390), como Basilio, respiró el cristianismo desde su nacimiento, momento en el que su piadosísima madre lo ofreció al Señor. Fue educado en las mejores escuelas y se convirtió en un excelente retórico. Le esperaban los más altos cargos civiles cuando abandonó el mundo. Ordenado sacerdote y, después, obispo de Constantinopla, siguió siendo siempre, en primer lugar, un místico, cantor apasionado de la Santísima Trinidad; como poeta y teólogo, revela en sus escritos la experiencia y la inteligencia de los misterios de Cristo.

LECTIO

Primera lectura: 1 Corintios 2,10b-16

Hermanos: El Espíritu, en efecto, lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios. ¹¹ Pues ¿quién conoce lo íntimo del hombre, a no ser el mismo espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, sólo el Espíritu de Dios conoce las cosas de Dios. ¹² En cuanto a nosotros, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios gratuitamente nos ha dado.

¹³ Y de esto es de lo que hablamos no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, adaptando lo que es espiritual a quienes poseen el Espíritu de Dios. ¹⁴ El hombre mundano no capta las cosas del Espíritu de Dios. Carecen de sentido para él y no puede entenderlas, porque sólo a la luz del Espíritu pueden ser discernidas. ¹⁵ Por el contrario, quien posee el Espíritu lo discierne todo y no depende del juicio de nadie. ¹⁶ Porque *¿quién conoce el pensamiento del Señor para poder darle lecciones?* Nosotros, sin embargo, poseemos el modo de pensar de Cristo.

➡ La verdadera sabiduría, que viene de Dios, es muy diferente de la que ofrece el mundo; mira al misterio de Cristo y se entrega por revelación del Espíritu Santo.

Pablo manifiesta claramente que ha recibido el Espíritu y que tiene, por consiguiente, la sabiduría divina, que él transmite con su predicación (vv. 12ss). Sólo «*el Espíritu de Dios*» permite, en efecto, conocer los misterios divinos, crea en nosotros una mentalidad conforme al «*pensamiento del Señor*» y nos hace percibir toda realidad como hombres espirituales. Sin embargo, quien posee el espíritu del mundo (el hombre «natural») no puede comprender las cosas del Espíritu y no acepta la «estupidez» del mensaje evangélico que culmina en la locura de la cruz (cf. v. 14). Los santos,

fascinados por Cristo, han asumido «*el pensamiento*» del Maestro y han vivido en conformidad con él. Éstos son los hombres espirituales que saben juzgarlo todo (vv. 15ss).

Evangelio: Mateo 5,13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹³ Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera y que la pisen los hombres. ¹⁴ Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. ¹⁵ Tampoco se enciende una lámpara para tapanla con una vasija de barro, sino que se pone sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. ¹⁶ Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

➔ Al final de las bienaventuranzas, en Mateo, hay dos dichos relacionados con la función de los discípulos: ser sal y luz en medio de los hermanos (vv. 13ss). Su misión, en efecto, consiste en dar, como la «*sal*», sabor a toda la humanidad preservándola de la corrupción; más aún, ser en el mundo pacto de alianza entre Dios y los hombres, o sea, signo de la fidelidad establecida en Cristo. Los discípulos deben dar, además, «*luz*» –o sea, ser un rayo del esplendor de la gloria del mismo Dios–, y esto sólo tiene lugar si con sus buenas obras se comportan como Jesús nos ha enseñado. Entonces la vida de los discípulos, resplandeciente de fe y laboriosa en la caridad, no podrá permanecer escondida; será como una ciudad situada en un lugar elevado, como una lámpara que ilumina a su alrededor, para gloria de Dios Padre. Ser discípulo es, por consiguiente, un compromiso social y universal, como hizo Jesús, que vino a traer la salvación a todos los hombres.

MEDITATIO

Si es verdad que cada santo es una ilustración viva del Evangelio, esto vale de modo particular en el caso de los amigos capadocios Basilio y Gregorio, testigos de la fidelidad y de la belleza del ideal cristiano vivido y realizado en plenitud.

Basilio, con su fuerte personalidad de *líder*, de hombre de acción, y Gregorio, elevadísimo poeta y teólogo, nos muestran con su vida qué significa asistir a la escuela de la verdadera sabiduría y recibir como don el Espíritu, que escruta también las profundidades de Dios. «El mundo tiene necesidad de santos dotados de genio» (S. Weil): los dos grandes amigos, a los que veneramos en esta memoria como obispos y doctores de la Iglesia, han alcanzado por la caridad de Cristo lo que les ha hecho obradores del bien al servicio de los hermanos y cantores admirados de la belleza de Dios. Desde su juventud habían afirmado: «Para nosotros era una cosa grande y un gran nombre ser cristianos y ser llamados cristianos», y mantuvieron durante toda su vida la fe en su amistad porque vivieron «acrecentando el misterio santo y nuevo de Cristo, de quien habían recibido el nombre con que eran llamados». Esto les convirtió de verdad en sal y luz no sólo para su tiempo, sino para toda la Iglesia, en todos los tiempos.

ORATIO

«¡Oh tú, el más allá de todo!,
¿cómo llamarte con otro nombre?
No hay palabra que te exprese
ni espíritu que te comprenda.
Ninguna inteligencia puede concebirte.
Sólo tú eres inefable,

y cuanto se diga ha salido de ti.
Sólo tú eres incognoscible,
y cuanto se piense ha salido de ti.
Todos los seres te celebran,
los que hablan y los que son mudos.
Todos los seres te rinden homenaje,
los que piensan y los que no piensan.
El deseo universal, el gemido de todos,
suspira por ti.
Todo cuanto existe te ora,
y hasta ti eleva un himno de silencio
todo ser capaz de leer tu universo.
Cuanto permanece,
en ti solo permanece.
En ti desemboca el movimiento del universo.
Eres el fin de todos los seres;
eres único.
Eres todos y no eres nadie.
No eres un ser solo ni el conjunto de todos ellos.
¿Cómo puedo llamarte,
si tienes todos los nombres?
¡Oh tú, el único a quien no se puede nombrar!,
¿qué espíritu celeste podrá penetrar
las nubes que velan el mismo cielo?
Ten piedad, oh tú, el más allá de todo:
¿cómo llamarte con otro nombre?».
(Gregorio de Nacianzo, *Poesías I*, 1.29).

CONTEMPLATIO

Hacia el Espíritu Santo dirigen su mirada todos los que sienten necesidad de santificación; hacia él tiende el deseo de todos los que llevan una vida virtuosa, y su soplo es para ellos como un riego que les ayuda en la consecución de su fin propio y natural.

Por él los corazones se elevan a lo alto, por su mano son conducidos los débiles, por él los que caminan tras la virtud llegan a la perfección. Es él quien ilumina a los que se han purificado de sus culpas y quien, al comunicarse a ellos, los vuelve espirituales. Como los cuerpos limpios y transparentes se vuelven brillantes cuando reciben un rayo de sol y despiden de ellos mismos como una nueva luz, del mismo modo las almas portadoras del Espíritu Santo se vuelven plenamente espirituales y transmiten la gracia a los demás (Basilio Magno, *Sobre el Espíritu Santo IX, 22ss, passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia hoy, orando con san Basilio:

«*Obremos fielmente la verdad en la caridad*» (Basilio, *Moralia*, Reg. LXXX, 22).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Llevando en el corazón los interrogantes, las aspiraciones y las experiencias a las que he aludido, mi pensamiento se dirige al patrimonio cristiano de Oriente. No pretendo describirlo ni interpretarlo: me pongo a la escucha de las Iglesias de Oriente que sé que son intérpretes vivas del tesoro tradicional conservado por ellas. Al contemplarlo aparecen ante mis ojos elementos de gran significado para una comprensión más plena e íntegra de la experiencia cristiana y, por tanto, para dar una respuesta cristiana más completa a las expectativas de los hombres y mujeres de hoy. En efecto, con respecto a cualquier otra cultura, el Oriente cristiano desempeña un papel único y privilegiado, por ser el marco originario de la Iglesia primitiva. La tradición oriental cristiana implica un modo de acoger, comprender y vivir la fe en el Señor Jesús. En este sentido, está muy cerca de la tradición cristiana de Occidente que nace y se alimenta de la misma fe. Con todo, se diferencia también de ella, legítima y admirable-

mente, puesto que el cristiano oriental tiene un modo propio de sentir y de comprender, y, por tanto, también un modo original de vivir su relación con el Salvador. Quiero aquí acercarme con respeto y reverencia al acto de adoración que expresan esas Iglesias, sin tratar de detenerme en un punto teológico específico, surgido a lo largo de los siglos en oposición polémica durante el debate entre occidentales y orientales. Ya desde sus orígenes, el Oriente cristiano se muestra multiforme en su interior, capaz de asumir los rasgos característicos de cada cultura y con sumo respeto por cada comunidad particular. No podemos por menos de agradecer a Dios, con profunda emoción, la admirable variedad con la que nos ha permitido formar, con telas diversas, un mosaico tan rico y hermoso.

En la divinización y sobre todo en los sacramentos, la teología oriental atribuye un papel muy particular al Espíritu Santo: por el poder del Espíritu que habita en el hombre, la deificación comienza ya en la tierra, la criatura es transfigurada y se inaugura el Reino de Dios. La enseñanza de los padres capadocios sobre la divinización ha pasado a la tradición de todas las Iglesias orientales y constituye parte de su patrimonio común. Se puede resumir en el pensamiento ya expresado por san Ireneo al final del siglo II: Dios se ha hecho hijo del hombre para que el hombre llegue a ser hijo de Dios. Esta teología de la divinización sigue siendo uno de los logros más apreciados por el pensamiento cristiano oriental. En este camino de divinización nos preceden aquellos a quienes la gracia y el esfuerzo por la senda del bien hizo «muy semejantes» a Cristo: los mártires y los santos. Y entre éstos ocupa un lugar muy particular la Virgen María, de la que brotó el Vástago de Jesé (cf. Is 11, 1). Su figura no es sólo la Madre que nos espera, sino también la Purísima que como realización de tantas prefiguraciones veterotestamentarias es icono de la Iglesia, símbolo y anticipación de la humanidad transfigurada por la gracia, modelo y esperanza segura para cuantos avanzan hacia la Jerusalén del cielo (Juan Pablo II, *Oriente lumen*, nn. 5 y 6).

San Raimundo de Peñafort

7 de enero

Raimundo nació en torno a 1175. Pertenecía a la nobleza catalana. Recibió instrucción filosófica en Barcelona y jurídica en Bolonia. Fue ordenado sacerdote en 1220 y en 1222 decidió entrar en la orden de predicadores. Se convirtió en un célebre confesor y en un sabio canonista, hasta el punto de que, en 1230, Gregorio IX lo quiso como confesor propio en Roma. Fue el tercer sucesor de santo Domingo.

Escribió obras de moral, de derecho y la *Summa de casibus* sobre el sacramento de la penitencia. Murió en Barcelona el 6 de enero de 1275. Fue canonizado en 1601. Es patrón de los estudiosos de derecho canónico.

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 5,14-20

Hermanos: ¹⁴ Porque nos apremia el amor de Cristo, al pensar que, si uno ha muerto por todos, todos por consiguiente han muerto. ¹⁵ Y Cristo ha muerto por todos, para que los que viven no vivan ya para ellos, sino para el que ha muerto y resucitado por ellos. ¹⁶ Así que ahora no valoramos a nadie con criterios humanos. Y si en algún momento valoramos así a Cristo, ahora ya no. ¹⁷ De modo que si alguien vive en Cristo, es una nueva criatura; lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo.

¹⁸ Todo viene de Dios, que nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. ¹⁹ Porque era Dios el que reconciliaba consigo al mundo en Cristo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres, y el que nos hacía depositarios del mensaje de la reconciliación. ²⁰ Somos, pues, embajadores de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos que os dejéis reconciliar con Dios.

➔ El drama divino del amor rechazado y del don de vida rehusado pasan al ministro, testigo y sacramento de aquel Cristo por el que el Padre, rico en misericordia, no tuvo «*en cuenta los pecados de los hombres*» (v. 19), sino que se limitó a ofrecer en el Hijo la plenitud de su misericordia. ¿Cómo, pues, se puede persistir en la obstinación del pecado y de la muerte? Si la humildad de Dios, en Cristo, ha sobrepasado todo humano sentido de justicia, deuda y adeudo, entonces –suplica el apóstol enviado por la Palabra de vida– que no se pierda este único camino de salvación ofrecido. El pecado está cancelado, el hoy es novedad, comienzo de la historia *como* nueva criatura y *de* una nueva criatura.

Evangelio: Juan 15,9-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ⁹ Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. ¹⁰ Pero sólo permaneceréis en mi amor si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. ¹¹ Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo y vuestro gozo sea completo.

¹² Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. ¹³ Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵ En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

¹⁶ No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. ¹⁷ Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

➔ Permanecer en el amor del Hijo es permanecer en el amor del Padre, del que él participa plenamente desde la eternidad. El amor del que habla el Hijo, porque lo conoce en cuanto que parte de él, es el del «*dar la vida*». Así, el Padre es todo «paternidad» para el Hijo y, así, el Hijo ama a los discípulos y les enseña a ser ese amor más grande. «*Más grande*» porque es de origen divino. «*Más grande*» porque una vez difundido en el hombre lo trasciende, lo diviniza y lo santifica. «*Más grande*» porque goza del radicalismo, de la totalidad y del carácter definitivo del amor en su fuente trinitaria. El mandamiento nuevo es, por consiguiente, gracia pas-cual entregada: el «*como*» subsistente entre el Padre y el Hijo se transfiere, en el Hijo, a los que han optado por él, a fin de que, desde éstos, se vuelva gracia para muchos, fruto duradero para la humanidad redimida.

MEDITATIO

Con justicia dijo Torres y Bages que san Raimundo, más que escritor de libros, fue siempre un experto director de almas: «A él –escribe mosén Pons– acudían los espíritus atormentados por las dudas, los que dejaban el recto sendero y esperaban encontrar, en las conversaciones con aquel gran santo, una palabra de guía y el consejo iluminador que necesitaban».

El glorioso san Raimundo no podía sustraerse a tantas peticiones, a tantas consultas, a tantos compromisos como se le presentaban constantemente, cansándole hasta en los últimos años de su larga vida, agravando su

delicada salud. Extenuado, enfermo, casi ciego del todo, no cesaba, sin embargo, de atender con solícita benevolencia a las muchas cuestiones que le presentaban, de forma oficial, los pontífices o, a título privado, sus amistades y sus innumerables relaciones. Fue, pues, un magnífico ejemplo de abnegación y de auténtico heroísmo en el trabajo; fue un modelo admirable de caridad y de benévola entrega en favor de cuantos necesitaban sus consejos, sus decisiones y su apoyo (F. Valls i Taberner, *San Raimondo di Peñafort*, Bolonia 2000, pp. 198ss [edición española: *San Ramón de Penyafort*, Editorial Labor, Cerdanyola 1979]).

ORATIO

Dios del amor y de la paz,
da la paz a nuestros corazones,
apresura nuestro camino,
escóndenos lejos de las intrigas de los hombres
y en el refugio de tu rostro
hasta que nos hayas introducido
y trasplantado en aquella plenitud,
donde residiremos para siempre
en la belleza de la paz,
en las tiendas de la confianza,
en el reposo de la abundancia
(Raimundo de Peñafort).

CONTEMPLATIO

He aquí que se aparece la Templanza y me dijo: «¿Por qué has querido sobrepasar la altura de los hombros de los gigantes? ¿Por qué no mides mejor tus fuerzas respecto al fin que te has propuesto?». Ante esto me quedé

estupefacto y como avergonzado. Y cuando, finalmente, elevé los ojos al cielo, vi a un médico que quería darme cierto remedio y cuyo nombre era la Esperanza. Ésta, con la suavidad de sus palabras, hizo que se desvaneciera mi estupor y puso fin a mi vergüenza cuando me dijo: «Obedece a la sugerencia de la Templanza y no emprendas de manera presuntuosa cosas superiores a tus fuerzas; más aún, pon tu pensamiento en el Señor y él te alimentará» (Raimundo de Peñafort, del *Prefacio* a su *Tratado de derecho canónico*).

ACTIO

Durante la jornada de hoy, reflexiona sobre la enseñanza de san Raimundo:

«La guerra no ha de ser entendida sólo entre un rey y otro, entre dos ciudades o de un grupo contra otro; basta también con que exista un solo cristiano contra otro de la misma fe».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San Raimundo, universitario, maestro de jurisprudencia, espíritu analítico y al mismo tiempo sistematizador, dotado de un sólido criterio de juicio, de gran experiencia de la vida y de un sentido natural del justo medio, afinado por su propia formación jurídica, tras haber entrado en la orden dominicana, recibió de su provincial, fray Suero Gómez, responsable de la España dominicana, la ocasión de poder ofrecer a sus hermanos y a los sacerdotes en general un conjunto de reglas y normas seguras para guiarles en el fuero penitencial y en la administración del sacramento de la reconciliación; reglas y normas que les sirvieron tanto para aconsejar como para emitir sentencias, y con las que pudieron resolver los casos de conciencia más difíciles y ambiguos, que con frecuencia se les presentaban en el confesionario.

Como hombre de su propio tiempo, amante de su patria, magnánimo e iluminado, incansable en su actividad y perseverante en la práctica extraordinaria de toda virtud, san Raimundo presentó a lo largo de toda su prolongada existencia terrena una continuidad y una coherencia extraordinarias, un sentido constante de intrínseca armonía y de admirable unidad en su propio pensamiento y en su propia acción, en sus proyectos y en sus realizaciones (F. Valls i Taberner, *Estudis d'Història del dret internacional*, Barcelona 1992, pp. 42.60).

San Antonio abad

17 de enero

Antonio nació el año 252 en Qeman, en el Medio Egipto, hijo de hacendados cristianos acomodados. Hacia los veinte años escuchó la proclamación del Evangelio: «*Si quieres ser perfecto...*». Fulminado por la invitación de Jesús, vendió los fértiles terrenos que recibió en herencia tras la muerte de sus padres y emprendió la vida ascética, primero, junto a su pueblo y, después, encerrándose en una necrópolis durante casi trece años. Tras diversos ataques demoníacos, se comprometió todavía más en la lucha ascética y se estableció en un fortín abandonado, donde se quedó durante otros veinte años. El año 306 dejó su retiro y aceptó tener discípulos. Para huir de la notoriedad, se retiró a la «montaña interior» (el monte Kolzum).

Murió el 17 de enero del año 356, a los ciento cinco años, muchos de los cuales transcurrieron enseñando a los solitarios, curando a los enfermos, refutando a los herejes con un ministerio carismático y autorizado que le ha convertido para siempre en el padre de los monjes.

LECTIO

Primera lectura: Miqueas 6,6-8

° ¿Con qué me presentaré
delante del Señor

y me postraré ante el Dios de lo alto?

¿Me presentaré con holocaustos,
con terneros de un año?

⁷ ¿Complacerán al Señor
miles de carneros
e innumerables ríos de aceite?

¿Le ofreceré mi primogénito
en pago de mi delito,
el fruto de mis entrañas
por mi propio pecado?

⁸ «Se te ha hecho saber, hombre,
lo que es bueno,
lo que el Señor pide de ti:
tan sólo respetar el derecho,
amar la fidelidad
y obedecer humildemente a tu Dios».

➡ El profeta, a fin de sacudir al pueblo, que sigue siendo infiel a la alianza, entabla un proceso en el que hace memoria de los beneficios del Señor, unos beneficios que demuestran su amor a Israel. Ante el lamento de YHWH, el fiel se pregunta qué puede ofrecerle para volverle a ser grato (v. 6). El profeta rechaza las propuestas de cualquier tipo de sacrificio exterior –aunque fuera el del primogénito– y avisa de que la verdadera conversión exige realizar lo que ya enseñaron otros profetas (Amós, la justicia; Oseas, la piedad; Isaías, la humildad): «*obedecer humildemente a tu Dios*» (v. 8). La humildad es la condición que permite al creyente ser tal y la que le brinda la posibilidad de avanzar en su camino de fe.

Miqueas responde, por tanto, de modo claro y cabal a la pregunta que el creyente de todos los tiempos se plantea: ¿qué debo hacer para ser grato a Dios? Y su respuesta anticipa el mensaje evangélico del amor a Dios y a los hombres en que consiste la verdadera justicia.

Evangelio: Mateo 19,16-21

En aquel tiempo, ¹⁶ se acercó uno y le preguntó:

–Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para obtener la vida eterna?

¹⁷ Jesús le contestó:

–¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno sólo es bueno. Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

¹⁸ Él le preguntó:

–¿Cuáles?

Jesús contestó:

–*No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio;* ¹⁹ *honra a tu padre y a tu madre, ama a tu prójimo como a ti mismo.*

²⁰ El joven le dijo:

–Todo eso ya lo he cumplido. ¿Qué me falta aún?

²¹ Jesús le dijo:

–Si quieres ser perfecto, ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en los cielos. Luego, ven y sígueme.

➡ Al joven rico, que ya observa los mandamientos y desea saber qué debe hacer aún para obtener la vida eterna, Jesús le propone la «perfección», esto es, la renuncia a sus propios bienes en favor de los pobres, y seguirle de manera incondicional (v. 21). El joven se entristece porque su alegría estaba puesta precisamente en aquellos bienes que no deseaba abandonar, y se marchó (v. 22, omitido en la liturgia de hoy). Le faltaba *lo único necesario*: un corazón libre y bien dispuesto para acoger aquella «*vida eterna*» que decía desear.

Es impensable seguir a Jesús sin estar dispuesto a romper con los vínculos que nos impiden tener una actitud dócil y obediente con el Maestro. Él quiere fijar en todos su mirada de amor, pero ésta sólo es atraída por quienes tienen el corazón humilde, pobre y libre.

MEDITATIO

«Si quieres ser perfecto, ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres» (Mt 19,21). Antonio escuchó estas palabras como pronunciadas por el Señor. Su generosa respuesta procuró vigor en la Iglesia a la maravillosa realidad del movimiento monástico. No podemos, pues, volver a escuchar sin conmovernos las lecturas que nos propone hoy la liturgia. Éstas contienen claramente el itinerario que debemos recorrer si queremos agradar a Dios. Lo esencial, por consiguiente, consiste precisamente en el radicalismo de este deseo. Antonio se dejó conducir dócilmente por el Espíritu... Su vigor aumentó a lo largo del camino. La primera respuesta que le liberó de los bienes terrenos le abrió el camino a un compromiso ascético cada vez más enérgico, que le permitió caminar humildemente con su Dios, lejos de las miradas de los hombres.

Sólo después de la gran lucha contra las pasiones, Antonio estuvo en condiciones de servir verdaderamente a los otros, convirtiéndose en amigo, hermano y padre de todos. Con una gran audacia, su itinerario pasó de la victoria sobre la tentación a la enseñanza y al cuidado de los hermanos, «inventando» –por así decirlo– *un nuevo modelo de vida cristiana*, que le convirtió en un maravilloso ejemplo de libertad, de ascesis viril, de fidelidad a la Palabra, de amor a Cristo y al prójimo. No en balde, la tradición ha reconocido siempre en él no sólo al padre de los monjes, sino, sobre todo, al «modelo» del cristiano.

ORATIO

Ruego por vosotros, noche y día, a mi Dios que os conceda los mismos dones que me ha concedido a mí por

su gracia, no porque yo fuera digno de ellos [...]: el gran Espíritu de fuego que yo mismo he recibido. ¡Recibidlo, pues, también vosotros!

Y si queréis obtener que more en vosotros, presentad antes las fatigas del cuerpo y la humildad del corazón, elevando noche y día vuestros pensamientos al cielo. Pedid con corazón sincero este Espíritu de fuego, y os será dado [...]; cuando lo hayáis recibido, os revelará todos los misterios más altos [...]. Os ruego que abandonéis vuestra voluntad carnal y mantengáis la serenidad en cada cosa, a fin de que, con el apoyo del Espíritu Santo, moren en vosotros las potencias celestes y os ayuden a cumplir la voluntad de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien sea la alabanza eterna por los siglos de los siglos. Amén (Antonio Abad, *Carta 8,1.3, passim*).

CONTEMPLATIO

Les aconsejaba, sobre todo, recordar siempre estas palabras del apóstol: «Que el sol no se ponga sobre tu ira» (Ef 4,26), y considerar estas palabras como dichas de todos los mandamientos: el sol no debe ponerse no sólo sobre la ira, sino sobre ningún otro pecado. Es enteramente necesario que el sol no condene por ningún pecado de día, ni la luna por ninguna falta o incluso pensamiento nocturno. Para asegurarnos de esto, es bueno escuchar y guardar lo que dice el apóstol: «Júzguense y pruébense ustedes mismos» (2 Cor 13,5). Por eso, cada uno debe hacer diariamente un examen de lo que ha hecho de día y de noche; si ha pecado, deje de pecar; si no ha pecado, no se jacte por ello. Persevere más bien en la practica de lo bueno y no deje de estar en guardia. No juzgue a su prójimo ni se declare justo él mismo, como dice el santo apóstol Pablo, «hasta que venga el Señor y saque a luz lo que está escondido» (1 Cor 4,5;

Rom 2,16). A menudo no tenemos conciencia de lo que hacemos; nosotros no lo sabemos, pero el Señor conoce todo. Por eso, dejémosle el juicio a él, compadezcámonos mutuamente y «llevemos los unos las cargas de los otros» (Gal 6,2). Juzguémonos a nosotros mismos y, si vemos que hemos disminuido, esforcémonos con toda seriedad para reparar nuestra deficiencia (Atanasio, *Vita Antonii*, 55).

ACTIO

Durante la jornada de hoy, repite y medita con frecuencia estas palabras de san Antonio:

«Comenzando de nuevo cada día, aumentemos nuestro celo» (Atanasio, *Vita Antonii*, 16).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El acontecimiento que supuso Antonio en la historia de la Iglesia tiene una función –casi de matriz– análoga al ciclo de Abrahán en la historia del pueblo judío. Aunque vivida por uno solo, a título de ejemplo, simboliza a la humanidad en camino hacia Dios, una humanidad cuya vanguardia puede decirse que está compuesta por los monjes.

En la vida de Antonio podemos divisar la actitud apasionada hacia la persona de Jesús. Antonio nos recuerda que el Reino de Dios está dentro de nosotros, es el tesoro escondido en el campo de nuestros corazón. ¿Lo ha encontrado un hombre? Se va de allí, ebrio de alegría, y vende todo lo que posee. La búsqueda de lo absoluto impulsa al monje al desierto y se esconde en él periódicamente para encontrar ahí recursos: es aquí donde se forma como en un crisol el hombre interior. El desierto, a pesar de esto, no es más que un lugar de paso, y, a menudo, el espíritu que conduce a los monjes a él los lleva de nuevo –transfigurados– a la ciudad de los hombres: revestidos de su poder, se hacen humildes servidores de sus hermanos. Se trata de una

dialéctica fecunda, cuyo prototipo nos presenta la vida de Antonio, movimiento de sístole y de diástole que constituye el latido mismo del corazón humano.

No se trata de imitar materialmente esta vida, sino de dejarse penetrar por la luz que emana de ella (E. Bianchi, en N. Devilles, *Antonio il Grande*, Milán 1973, pp. 11 ss).

Santa Inés

21 de enero

La *Depositio martyrum* es el primer documento donde se menciona el culto a santa Inés en Roma, en la vía Nomentana, el 21 de enero. Impaciente por sacrificarse a Cristo, la niña murió mártir cuando apenas tenía doce años de edad, en la segunda mitad del siglo III o, más probablemente, a comienzos del IV. Su nombre, Inés, que viene de *Agnes* («agnella», «corderita») y es la transcripción latina del adjetivo griego *hagné* («pura», «casta»), fue presagio de su mismo martirio. San Ambrosio en el *De Virginibus* y en el carmen, el papa Dámaso en el célebre epígrafe y Prudencio en el XIV himno del *Peristéphanon* presentan versiones que contrastan sobre el suplicio que se le infligió, aunque están de acuerdo en la edad y en el doble mérito de la joven santa.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 8,31b-39

Hermanos: ³¹ ¿Qué más podemos añadir? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ³² El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no va a darnos gratuitamente todas las demás cosas juntamente con él? ³³ ¿Quién acusará a los elegidos de Dios, si Dios es el que salva? ³⁴ ¿Quién será el que condene, si Cristo Jesús ha muerto; más aún, ha resucitado y está a la

derecha de Dios intercediendo por nosotros? ³⁵ ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? ³⁶ Ya lo dice la Escritura:

*Por tu causa estamos expuestos
a la muerte cada día:
nos consideran como ovejas
destinadas al matadero.*

³⁷ Pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas. ³⁸ Y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ³⁹ ni lo de arriba ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

➔ El texto de Pablo, extrapolado de la grandiosa Carta a los Romanos, redactado con gran emoción y con cierta fraseología rítmica, es un himno triunfal al amor que Dios ha manifestado a los hombres en la muerte y resurrección de su Hijo único, Cristo Jesús, que intercede por nosotros (cf. Heb 7,25 y 9,24; 1 Jn 2,1). La pregunta inicial (v. 31b) sugiere una escena de un proceso (cf. Job 1-2; Zac 3) en el que alguien tiene que vérselas con una serie de preguntas. Pero Dios está de nuestra parte (cf. Sal 118,6) y nos justifica: la triple repetición «*por nosotros*» (vv. 31.32.34) sirve para indicar que todo su ser y su obrar está inclinado hacia y en favor de los hombres.

Con la alusión a Gn 22,6, Pablo afirma que el Padre nos ha dado, con la suprema oblación del Hijo, la medida de su generosidad y de su bondad respecto a nosotros: una medida sin límites. Esta grandiosa perspectiva contiene en sí misma una energía irresistible que arrolla cualquier fuerza humana y cósmica que pueda perseguirnos (cf. Sal 44,23; 1 Cor 4,9; 2 Cor 4,11; 1 Tes 3,4; 2 Tim 3,12) y oponerse a la salvación inicial, que hemos de conseguir en su plenitud.

Evangelio: Mateo 13,44-46

En aquel tiempo, dijo Jesús a la muchedumbre: ⁴⁴ Sucede con el Reino de los Cielos lo que con un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo deja oculto y, lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

⁴⁵ También sucede con el Reino de los Cielos lo que con un mercader que busca ricas perlas y que, ⁴⁶ al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.

➤ Estas dos parábolas, propias del evangelio de Mateo e inspiradas por Prov 2,4 y 4,7, tienen un tema común, y sustancialmente, en su complementariedad, proponen la misma enseñanza. Mientras las otras parábolas hablan del Reino y de sus miembros como grupo, éstas, en cambio, se dirigen a las personas en particular. Ambas ponen de manifiesto el carácter escondido y misterioso del Reino, su preciosidad y belleza incomparables y la alegría de su descubrimiento, por el que vale la pena decidirse a sacrificar todo, a vender, a abandonar todo lo que se posee (cf. Mt 19,21; Lc 9,57-62), con tal de apoderarse de él. El Reino de los Cielos exige, de hecho, una renuncia completa (cf. Mt 6,24; 8,18; 10,37-39), «*porque allí donde esté tu tesoro, estará también tu corazón*» (Mt 6,21). Todo el mundo, pronto o tarde, lo encuentra, tanto el que no lo busca (cf. Is 65,1; Rom 10,20), que es el caso del campesino, como el que busca (cf. Dt 4,29; 2 Cro 15,4; Prov 8,17; Is 55,6; Jr 29,13), caso del mercader.

MEDITATIO

Las lecturas que nos ofrece la memoria litúrgica de hoy pueden ser consideradas con toda justicia como los «fundamentos» sobre los que se injertó el breve eje cronológico de la vida de quien sigue siendo hoy la más célebre y popular de las mártires romanas: santa Inés.

Devotio supra aetatem, virtus supra natura, dice de ella el obispo Ambrosio en el *De Virginibus*: su consagración fue muy superior a la edad, su virtud fue muy superior a la naturaleza. Es ineluctable, pues, que aparezca la pregunta: ¿cómo es posible apresurarse a tan tierna edad, con seguridad, libertad, coraje y celo ardiente, a comprar el «campo del cielo» sin temer «*la persecución, el peligro y la espada*»? Pero quien no tenía sitio en su pequeño cuerpo para recibir un golpe de la espada tuvo fuerza para vencer a la espada. La alegría de haber encontrado a Jesús como su tesoro, el descubrimiento de su inefable belleza, suscitó en ella una poderosa proyección que se tradujo en su total entrega con la efusión de la sangre hasta la muerte cruenta. En alguna ocasión, las pruebas pueden alejar de Dios; sin embargo, Inés nos enseña que no es así, que no puede ser así: a quien ha saboreado a Cristo, Señor y Salvador, nada puede separarle de él, ni siquiera la muerte.

La mirada pura, sencilla y plena de fe permitió a Inés descubrir la Verdad y abandonarse a ella con plena entrega: «*Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios*» (Mt 5,8). ¿Qué otro testimonio de amor parecerá tan grande y podrá igualar en una comparación la sublimidad de semejante entrega? En esta pequeña gran santa encontramos una especie de fermento, de método, de camino, que nos llevan más allá de la frontera de toda condición de muerte y nos dan la ocasión de volver a escoger al Señor haciéndonos desear, buscar y pedir que venga el Reino de los Cielos al mundo y a nosotros.

ORATIO

Padre, gracias por haber dado a tu Iglesia a la virgen Inés. Ella, que no se dejó atraer por las fatuas luces de la idolatría, segura de conquistar la «*perla preciosa*» de la gloria del cielo, hizo frente con coraje a la prueba

del martirio y se entregó espontáneamente a sus verdugos.

Haz que nosotros, sostenidos por su ejemplo, no desfallezcamos en las tentaciones, en las fatigas y en cualquier género de tribulaciones de la vida. Haz firme y cierta en nosotros la fe de que nada ni nadie podrá separarnos de tu amor, a no ser nosotros mismos. Tú, que para nuestra justificación no perdonaste a tu Hijo, sino que lo entregaste por nosotros, nos lo darás todo en él. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor, muerto y resucitado, en quien has manifestado tu realeza sobre todas las cosas.

CONTEMPLATIO

Hoy es el día del nacimiento
de la bienaventurada virgen Inés
en el que, consagrada por su sangre,
entregó el espíritu al cielo al que pertenecía.

Se mostró dispuesta para el martirio
cuando todavía no lo estaba para las nupcias.
Vacilaba en los adultos la fe
y se plegaba también el viejo cansado.

Aterrorizados por el temor, los padres
aumentaron la vigilancia del pudor;
mas la fe, que no puede ser contenida,
abrió las puertas de la custodia.

Podría creerse que se encamina a las nupcias,
al ver su rostro sonriente,
llevando al esposo una singular riqueza
dotada del tributo de la sangre.

Quieren obligarla a encender las lámparas
ante los altares de la nefanda divinidad.
Ella responde: «¡Ah! No son éstas las lámparas
que presentaron las vírgenes de Cristo».

«Este fuego apaga la fe,
esta llama quita la luz;
aquí, herid aquí, a fin de que con la sangre que corra
pueda yo apagar los fuegos».

Y, herida, ¡qué decoro mostró!
En efecto, cubriéndose toda con el vestido,
aseguró el cuidado del pudor
a fin de que nadie la viera descubierta.

En la muerte estaba vivo el pudor:
se había cubierto el rostro con la mano,
hincó la rodilla en tierra,
cayendo pudorosa.

(Ambrosio de Milán, «Inno per il natale di Agnese»,
en *Inni*, Milán 1992, pp. 211ss).

ACTIO

Repite hoy con frecuencia, orando con santa Inés:

«*Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*» (Rom 8,31).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La serenidad con la que Inés afronta el martirio [en el himno ambrosiano], como si fuera al encuentro de Cristo, deja intuir su profunda interioridad y el amor al esposo celestial [...]. De la joven mártir encaminada al encuentro con Cristo, su esposo, se exalta la dote constituida no por bienes patrimoniales, sino por riquezas espirituales, así como las virtudes y los valores evangélicos ligados al «tributo de la sangre», la sangre de los mártires, considerada como la herencia más preciosa que pueda ofrecerse a Dios.

La jovencita «es obligada a encender lámparas ante los altares». Y como respuesta a las absurdas pretensiones idólatras,

Inés, apoyándose en sus convicciones personales, se niega a realizar el rito sacrilego y se refiere a las lámparas nupciales de las vírgenes cristianas (cf. Mt 25,1-13). Su resistencia a dejarse conducir ante los altares profanos está atestiguada igualmente en el tratado *La vírgenes*: «Arrastrada contra su voluntad a los altares, tiende entre las llamas las manos a Cristo e incluso en medio de aquel fuego sacrilego traza el signo del Señor glorioso». Al fuego en honor de la divinidad pagana, Inés contrapone la luz de la fe. «La fe es una lámpara –afirma Ambrosio–, una lámpara [que] no puede dar luz si no toma la luz de otra fuente», la Palabra de Dios, que es el mismo *Verbum Dei lux* [...]. Inés apaga con la sangre los fuegos del culto pagano; una actitud semejante anima a la virgen antioqueña Pelagia.

Sigue, a continuación, la escena de la adolescente dispuesta a desafiar a sus verdugos: «Aquí, herid aquí...», exclama indicando el pecho donde herir [...]. Se exalta, por último, la intrépida confesión de fe de la niña. Dada su joven edad, el testimonio de Inés en el proceso no habría podido obtener reconocimiento jurídico; lo pudo su heroico coraje, que la impulsó a afrontar el martirio. Antes de caer bajo los golpes del verdugo, Inés se cubre con el vestido las partes descubiertas y, nada preocupada por los tormentos y por la muerte inminente, se muestra solícita a recogerse la cabellera y a tapar los miembros desnudos a las miradas indiscretas [...].

Inés encuentra en la oración la fuerza para no retroceder frente a la prueba suprema, conservando la dignidad y la compostura propias de una verdadera mártir. La heroína muere de modo ejemplar, como las grandes figuras que la han precedido; apoyadas por la ayuda del Espíritu, no fueron vencidas, sino que se entregaron voluntariamente a los perseguidores, ofreciendo un gran ejemplo de libertad cristiana incluso ante la muerte. La virgen Inés cae casta y reservada. En ella triunfa el casto pudor, y su martirio lleva en sí el germen de la vida nueva (A. Bonato en S. Ambrogio, *Inni*, Milán 1992, pp. 216-221, *passim*).

San Francisco de Sales

24 de enero

Nació en Thorans, un pueblecito de Saboya, en 1567, en el castillo de los señores de Sales. Educado en las virtudes cristianas por su madre, estudió, primero, con los jesuitas de París y, después, en Padua, donde se licenció en Derecho. Contrariamente a las expectativas de su padre, que soñaba con que fuera abogado y senador, abrazó el estado eclesiástico y se dedicó, con éxito, a la difícil evangelización de la región de Chablais. Tras ser nombrado obispo de Ginebra, vivió en Annecy, donde, además de una iluminada acción pastoral y de la dirección espiritual de muchas almas, escribió, entre otras, la muy afortunada obra *Filotea* y también el *Teotimo* o tratado sobre el amor de Dios, convirtiéndose en uno de los grandes maestros de la espiritualidad cristiana tanto para los laicos como para las personas consagradas. Junto con santa Juana de Chantal, fundó la Visitación. Murió en 1622 y fue proclamado doctor de la Iglesia en 1877.

LECTIO

Primera lectura: Efesios 3,8-12

Hermanos: ⁸ A mí, el más insignificante de todos los creyentes, se me ha concedido este don de anunciar a las naciones la insondable riqueza de Cristo ⁹ y de mostrar a todos cómo se cumple este misterioso plan, escondido desde el prin-

cipio de los siglos en Dios, creador de todas las cosas. ¹⁰ De esta manera, los principados y potestades que habitan en el cielo tienen ahora conocimiento, por medio de la Iglesia, de la múltiple sabiduría de Dios, ¹¹ contenida en el plan que desde la eternidad proyectó realizar en Cristo Jesús, Señor nuestro. ¹² Mediante la fe en él y gracias a él, nos atrevemos a acercarnos a Dios con plena confianza.

➔ Esta breve perícopa presenta a Pablo como ministro del misterio de Cristo. Pablo recuerda, frente a los destinatarios de la carta, su ministerio apostólico en favor de los paganos (v. 8), para suscitar reconocimiento, una respuesta de conversión y una plena acogida. Es ésta una magna gracia (v. 8) para Pablo, que no la considera, sin embargo, un favor obtenido, sino un don que se convierte en encargo y compromiso. Se trata del designio arcano (*mystérion*), preparado desde el principio de los siglos por Dios y revelado ahora, en el momento de su cumplimiento, de modo particular a Pablo, y, a continuación, a través de él, a todos, sobre todo a los gentiles, o sea, a los paganos. El contenido es singular: todos están llamados a conocer la extraordinaria sabiduría de Dios, que representa también la extraordinaria riqueza de Cristo. En los versículos posteriores (vv. 14-21), el apóstol dirá que se trata de las dimensiones ilimitadas del amor de Dios. Precisamente, este conocimiento luminoso es el que ofrece la posibilidad de acceder a Dios. Ahora bien, todo eso sólo es posible gracias a un don del Padre, por medio del Espíritu, y recorriendo el exigente camino de la fe. Por eso transforma Pablo su revelación/reflexión en oración (vv. 14-18).

Evangelio: Juan 10,11-18

En aquel tiempo, dijo Jesús: ¹¹ Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; ¹² no como el asalariado,

que ni es verdadero pastor ni propietario de las ovejas. Éste, cuando ve venir al lobo, las abandona y huye. Y el lobo hace presa en ellas y las dispersa. ¹³ El asalariado se porta así porque trabaja únicamente por la paga y no tiene interés por las ovejas. ¹⁴ Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, ¹⁵ lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él; y yo doy mi vida por las ovejas. ¹⁶ Pero tengo otras ovejas que no están en este redil; también a éstas tengo que atraerlas, para que escuchen mi voz. Entonces se formará un rebaño único, bajo la guía de un solo pastor.

¹⁷ El Padre me ama porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. ¹⁸ Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Ésta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre.

➔ El capítulo 10 del evangelio de Juan es el capítulo del buen pastor y está situado entre los dos grandes capítulos de los signos de la fe cristiana: la curación del ciego de nacimiento (capítulo 9) y la resurrección de Lázaro (capítulo 11). Frente al misterio de su identidad, no comprendida por los fariseos, una identidad que crea división y oposición respecto a él (Jn 10,11-42), Jesús se presenta a sí mismo como el pastor auténtico.

La figura del pastor es habitual en la tradición judía y se emplea para designar al rey de Israel y para referirse a Dios, el pastor por excelencia. Jesús, al identificarse con la riqueza de esta imagen, la quiere acreditar y dotar de mayor profundidad, llevándola a su consumación. Él es el «bello» (*kalós*) pastor no sólo en la apariencia, sino en la calidad. El término tiene el mismo significado que «bueno» no sólo en el sentido de dulce y afable, sino, sobre todo, en el sentido de auténtico, es decir, aquel que realiza perfectamente la misión de pastor, una autenticidad que consiste en la disponibilidad incondicionada para dar la vida (v. 11).

En los profetas Jeremías y Ezequiel se condena a los malos pastores, y sobre este fondo presenta Jesús la

figura del buen pastor. Este último pone su propia persona al servicio del rebaño, se arriesga por él, se entrega a él. Jesús es el nuevo David, cabeza y guía según el corazón de Dios. Esta figura contrasta claramente con la del mercenario, que ejerce el oficio sólo por dinero.

Jesús, por el contrario, es el pastor auténtico. En primer lugar, a él pertenecen las ovejas (v. 12) y, además, existe un conocimiento recíproco entre el pastor y las ovejas, un conocimiento estrecho, un conocimiento que procede precisamente del don/riesgo de la vida que el pastor hace de sí mismo (v. 14). El pastor auténtico, Jesús, supera, a continuación, los estrechos confines del aprisco de Israel. Tiene «otras» ovejas: samaritanos, paganos, etc., que son todos los hijos de Dios dispersos. También éstos deben ser conducidos a la salvación según el designio del Padre (vv. 16ss).

MEDITATIO

El misterio del proyecto de Dios –a saber: que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 1,4)– se concreta en el *bello y buen* pastor Jesús, el pastor auténtico, que pone en peligro su vida y su persona por todas sus ovejas, no sólo por las del redil de Israel. Él, el pastor auténtico, piensa sólo en ofrecer la vida, al contrario que los mercenarios, que piensan únicamente en sus propios intereses. Pues bien, es precisamente este dar la vida lo que abre los ojos y el corazón de las ovejas. Ellas, en efecto, conocen el latido del corazón del pastor que las busca, una a una, y se las carga sobre los hombros.

Este pastor hace conocer a sus ovejas el amor de Dios, modelo de todo servicio pastoral, de toda autoridad, y ésta se vuelve la medida del mutuo conocimiento y de la recíproca pertenencia. El Señor se ha ofrecido porque

quiso él, en conformidad con el mandamiento del amor gratuito y universal vivido en plenitud de libertad.

San Francisco de Sales prolonga y encarna, a caballo entre los siglos XVI y XVII, esta realidad del pastor auténtico, preocupado exclusivamente por dar la vida, arriesgándola una vez y otra, en la difícil situación misionera en que se encontraba la región de Chablais y en su servicio episcopal, a fin de volver a fundar la vida de la Iglesia en la diócesis de Ginebra y Annecy. Es *el principio del amor puro*, como disponibilidad incondicionada al proyecto de Dios con plena confianza. Un proyecto de Dios que quiere pastores según su corazón, capaces y preocupados únicamente por ofrecer la vida por el rebaño, contra todo tipo de mercenarismo, tan difundido en aquel tiempo tanto entre los católicos como entre los calvinistas. Elegido prepósito del cabildo de los canónigos de la catedral de Ginebra, exiliado en Annecy, propone la reconquista de su propia sede oficial: pero ¿con qué armas? «No os propongo ni hierro, ni pólvora, ni azufre, sino que sólo con la caridad hemos de sacudir las murallas de la ciudad; es preciso invadirla sólo con la caridad, es preciso recuperarla con la caridad» (*Opere*, ed. Annecy, VII, 107). La contraprueba del discurso es la difícilísima misión de la región de Chablais: poner la vida en peligro durante cuatro años (1594-1598) para volver a traer a 25.000 personas al aprisco de Cristo.

¿Qué miedos bloquean con frecuencia o ralentizan al menos la entrega de mi vida?

ORATIO

Señor, pastor de los pastores, forma y modelo de la caridad pastoral para todos los tiempos, deseamos contemplar la belleza de tu entrega de la vida con plena y

absoluta gratuidad, sin ningún interés, a no ser el de la salvación de todos. Todos hemos pasado por la experiencia de lo fácil que es ir a menos en nuestras responsabilidades pastorales hasta caer en el cierre mercenario por la fragilidad de nuestras personas y por los miedos que nos asaltan. Sin embargo, la contemplación de la belleza de tu vida entregada y sacrificada, oh Cristo, nos implica en el don, sin perezas ni acaparamientos personales, sin volvernos atrás y sin huir. Que tu Espíritu Santo nos abra los ojos sobre las raíces mercenarias que llevamos dentro y nos llene de valor y nos guíe, como hizo con el dulcísimo y al mismo tiempo firmísimo pastor Francisco de Sales, a quien hoy recordamos.

Como él, te pedimos el don de la paciencia, para aceptar las largas demoras de la respuesta del corazón rebelde y complicado del hombre de hoy; el don de la humildad, para ser suficientemente realistas y no ceder a ninguna presunción o ambición en la misión evangelizadora que tú nos confías; el don del amor verdadero, constante y desinteresado, ese amor puro que tanto fascinaba al obispo de Ginebra. Haz que dejemos en el mundo la huella profunda de pastores generosos según tu corazón. Nos confiamos a la intercesión de san Francisco de Sales. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

CONTEMPLATIO

Piensa en el amor con el que Jesucristo, nuestro Señor, tanto sufrió en este mundo, de modo particular en el huerto de los Olivos y en el monte Calvario: ¡ese amor te miraba a ti! ¡Dios mío, con qué profundidad deberíamos imprimir en nosotros todo esto! ¿Acaso es posible que yo haya sido amado con tanta dulzura por el Salvador, hasta el punto de que él haya pensado en mí personalmente, incluso en todas las pequeñas circuns-

tancias a través de las cuales me ha atraído a él? Es verdaderamente maravilloso: el corazón repleto de amor de mi Dios pensaba en mí, me amaba y me procuraba mil medios de salvación, como si no hubiera tenido otra persona en el mundo en la que pensar. Pero ¿cuándo empezó a amarte? Desde que empezó a ser Dios, es decir, desde siempre... (Francisco de Sales, *Filotea* V, 13ss).

ACTIO

Contemplar, saborear y actuar. Es el amor puro contemplado y descubierto como causa primera y determinante de nuestro existir el que nos impulsa hacia lo que Francisco llamaba *éxtasis de la acción*. ¿Cuál es el paso que me es posible dar hoy?

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Venerables hermanos: os sugiero y os pido que tengáis el propósito de recuperar Ginebra.

Por medio de la caridad es como debemos dismantelar las murallas de Ginebra, por medio de la caridad invadirla, recuperarla. No os propongo ni el hierro, ni esa pólvora cuyo olor y sabor recuerdan el horno infernal. ¿Queréis un método fácil para conquistar al asalto una ciudad? Os ruego que aprendáis del ejemplo de Holofernes. Al asediar Betulia, cortó el acueducto y puso bajo guardia todas las fuentes. También nosotros —os conjuro a ello— debemos usar el método del que él dio ejemplo. Hay un acueducto que alimenta y reanima a todos los tipos de herejes: son los ejemplos, las palabras, la iniquidad de todo, pero en particular de los eclesiásticos. Por nuestra causa se blasfema el nombre del Señor día tras día entre las naciones.

Es preciso derribar las murallas de Ginebra por medio de oraciones ardientes, y asediarla con la caridad fraterna. Por medio de esta caridad es como deben hacer fuerza nuestras testas de asalto.

El jefe supremo de esta fortaleza, Cristo, nuestro Señor, cederá sus riquezas a quien la haya conquistado por medio de esas armas. En efecto, el Reino de los Cielos sufre violencia, y son los violentos quienes lo arrebatan... Adelante, pues, y ánimo, óptimos hermanos: todo cede a la caridad; el amor es fuerte como la muerte, y al que ama nada le es difícil (Francisco de Sales, «Discorso ai canonici di Ginevra», en G. Papasogli, *Come piace a Dios*, Roma 1981, pp. 143-147, *passim*).

Conversión de san Pablo

25 de enero

Saulo de Tarso, antes de su conversión, era un judío convencido de su religión y totalmente contrario a la nueva fe que empezaba a difundirse por Palestina y sus alrededores. Tuvo alguna responsabilidad también en el martirio de san Esteban, protomártir, del que se habla en los Hechos de los apóstoles. Saulo encontró a Jesús resucitado en el camino de Damasco y este acontecimiento cambió de manera radical su modo de creer y de pensar. El Señor resucitado se convirtió en el centro de su espiritualidad y de su teología. Una vez apóstol del Evangelio, Pablo estableció en Antioquía de Siria el punto de partida de sus viajes misioneros, donde aparece como testigo infatigable de la fe en Jesús resucitado. Estos viajes le incitaron a escribir diversas cartas a las distintas comunidades cristianas que había fundado. Pablo, verdadero y auténtico apóstol, siempre llevó buen cuidado en «volver» a Jerusalén, con el deseo de confrontarse con los apóstoles de Jesús a fin de no correr en vano.

LECTIO

Primera lectura: Hechos de los apóstoles 22,3-16

En aquellos días, Pablo dijo al pueblo:

³ –Yo soy judío. Nací en Tarso de Cilicia, pero me eduqué

en esta ciudad. Mi maestro fue Gamaliel; él me instruyó en la fiel observancia de la Ley de nuestros antepasados. Siempre he mostrado un gran celo por Dios, como vosotros hoy. ⁴ Yo perseguí a muerte este camino, encadenando y encarcelando a hombres y mujeres. ⁵ Y de ello pueden dar testimonio el mismo sumo sacerdote y todos los miembros del consejo. Después de recibir de ellos mismos cartas para los hermanos, me dirigía a Damasco, con ánimo de traer a Jerusalén encadenados a los creyentes que allí hubiera, para que fueran castigados. ⁶ Iba, pues, camino de Damasco y, cuando estaba ya cerca de la ciudad, hacia el mediodía, de repente brilló a mi alrededor una luz cegadora venida del cielo. ⁷ Caí al suelo y oí una voz que me decía: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?». ⁸ Yo respondí: «¿Quién eres, Señor?». Y me dijo: «¡Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues!».

⁹ Los que venían conmigo vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba. ¹⁰ Yo dije: «¿Qué debo hacer, Señor?». Y el Señor me dijo: «Levántate y vete a Damasco; allí te dirán lo que debes hacer».

¹¹ Como no veía nada, debido al resplandor de aquella luz, entré en Damasco de la mano de mis compañeros. ¹² Un cierto Ananías, hombre piadoso según la ley, bien acreditado ante todos los judíos que allí vivían, ¹³ vino a verme y me dijo: «Hermano Saúl, recobra la vista». Y en aquel mismo instante pude verlo. ¹⁴ El añadió: «El Dios de nuestros antepasados te ha escogido para que conozcas su voluntad, para que veas al Justo y oigas su voz. ¹⁵ Porque has de ser testigo suyo ante todos los hombres de lo que has visto y oído. ¹⁶ No pierdas tiempo, ahora; levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados invocando su nombre».

➡ Estamos ante uno de los tres relatos de la conversión de Pablo (*cf.* también Hch 9 y 26) con los que Lucas adorna la historia de la primitiva comunidad cristiana. En su carácter extraordinario, el acontecimiento de Damasco se articula en tres momentos. En primer lugar, el diálogo entre el Señor resucitado y Saulo de Tarso. Ambos personajes se comunican su identidad y se reconocen recíprocamente. Es un primer paso hacia el acuerdo posterior. Viene después el acontecimiento extraordinario de la conversión, que Lucas resume sim-

plemente en una pregunta: «¿*Qué debo hacer, Señor?*» (v. 10). Saulo está ahora subyugado por el poder de Jesús, su salvador y maestro. Y sólo desea configurar por completo su vida según la voluntad y el proyecto del Resucitado. Al final, se encuentra la misión: el que ha conocido la voluntad de Dios y ha visto al Justo percibiendo la palabra de su misma boca, se vuelve ahora testigo de las cosas que ha visto y oído ante todos los hombres. Ser misionero es ahora el único modo de vivir para Pablo.

Evangelio: Marcos 16,15-18

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once ¹⁵ y les dijo:

–Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura. ¹⁶ El que crea y se bautice se salvará, pero el que no crea se condenará. ¹⁷ A los que crean, les acompañarán estas señales: expulsarán demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas, ¹⁸ agarrarán serpientes con sus manos y, aunque beban veneno, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos se curarán.

➡ La liturgia aplica también a Pablo el mandato misionero que Jesús resucitado dirigió a los Once. Aunque Pablo no pertenece a los Doce, es verdadero y auténtico apóstol de Jesús: estas palabras también se dirigen a él. El Jesús resucitado enuncia, en primer lugar, un mandato: «*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura*» (v. 15). La orden no deja sitio a ninguna tergiversación. Pide sumisión y espera obediencia. Dios ha querido salvar a la humanidad por medio de unos colaboradores y Jesús tiene necesidad de misioneros-testigos.

El acontecimiento de la salvación –éste es el segundo dato– es fruto de la predicación y se lleva a cabo mediante el acto de fe del que escucha: «*El que crea y se bautice se salvará*» (v. 16a). Sin la escucha de la fe no hay nin-

guna posibilidad de salvarse (v. 16b). Dios, que nos ha creado sin nuestro consentimiento, no quiere salvarnos sin nosotros. Las últimas palabras del Resucitado contienen, por último, una promesa, formulada en futuro (vv. 17ss): los beneficios que recibirán los creyentes, múltiples y extraordinarios, serán los signos a través de los cuales cada ser humano podrá reconocer la presencia consoladora de Dios en medio de nosotros.

MEDITATIO

No acabamos nunca de ahondar en el conocimiento de Saulo-Paulo, incluso después de haber meditado una y otra vez sobre las páginas que hablan de él y las que escribió él mismo. Sin embargo, hay algo que aparece de inmediato con una gran evidencia: su itinerario de fe es símbolo del nuestro.

Crear implica, ante todo, *encontrar personalmente a una persona*, al Dios hecho hombre, Jesús de Nazaret. No se cree en una doctrina, en una fórmula, en un sistema, sino en una persona, la única digna de ser creída. La fe es un encuentro que no se agota en un momento determinado de nuestra propia vida, sino que continúa siempre, hasta la muerte. Quien encuentra a Jesús se da cuenta de que ya no puede vivir sin él y debe profundizar en su conocimiento personal.

Del encuentro se pasa al *diálogo*: la fe es, precisamente, un encuentro entre personas inteligentes y libres. Por un lado, Dios se da a conocer en lo que es, revela su voluntad, da a conocer sus proyectos. De este modo, entabla el diálogo con todo el que está dispuesto a escuchar y a reaccionar. Por otro, el creyente, en la medida en que presta una escucha sincera y auténtica a la Palabra de Dios, se siente implicado en un diálogo que no se desarrolla sólo en torno a conceptos y verdades,

sino que se entrelaza con experiencias, confianzas, comunión de vida. Se trata de *un diálogo vital* que implica a dos seres vivos y llega a una forma de vida cada vez más elevada.

Ahora bien, la fe cristiana es también *obediencia, sumisión, abandono total* de la criatura al Creador, del hombre a Dios, del pecador al Justo. Para el creyente, obedecer no significa en absoluto abdicar de su propia libertad, ni siquiera de sus propios derechos; significa captar la infinita distancia que media entre él y su propio interlocutor y, al mismo tiempo, intuir que la adhesión a la voluntad de éste conduce a la plena y más satisfactoria realización de sí mismo. Semejante acto de abandono está sostenido por una promesa que no deja ningún espacio a la duda: cuando Dios promete, se compromete por completo en beneficio de su interlocutor, le llena el corazón de certezas sobrenaturales y abre ante él unos horizontes ilimitados.

Por último, la fe cristiana se traduce en *misión*: el ejemplo de Pablo es claro y decisivo. No puede privatizarse un bien que, por su propia naturaleza, es comunitario. Quien ha recibido el don de la salvación en Cristo se siente impulsado íntimamente a darlo a los otros.

ORATIO

Oh Padre, Dios de infinita bondad y misericordia, concédenos caminar fielmente, a ejemplo de san Pablo, por el camino que nos has abierto en Cristo Jesús. Haz, oh Dios, que nuestros caminos –como el de Saulo– se crucen con el tuyo, el que nos has indicado en Cristo, tu Hijo, y en el cristianismo. Que, como el apóstol Pablo, queramos caminar con Jesús y seguir sus pasos hasta que lleguemos a ti, meta última de nuestra vida, meta suspirada y esperada.

Concedéndonos, oh Padre, andar juntos por este camino bendecido por ti, a fin de que ninguno de nosotros se pierda y nuestra comunión eclesial pueda ser, en el tiempo, signo manifestativo de aquella comunión que gozaremos junto a ti en la eternidad bienaventurada.

CONTEMPLATIO

«*Y me llamó por su gracia*» (Gal 1,15). Dios, quiere decir, le llamó por su virtud. Decía [el Señor] a Ananías: «*Éste es un instrumento elegido para llevar mi nombre a todas las naciones, a sus gobernantes*» (Hch 9,15), es decir, es idóneo para ejercer el ministerio y para manifestar una obra tan grande. [El Señor] indica este motivo para la llamada, mientras que el apóstol afirma por doquier que todo deriva de la gracia y de la inefable bondad divina, expresándose en estos términos: «*Y si encontré misericordia –no porque fuera digno de ella y la mereciera– fue para que en mí, el primero, manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él para obtener vida eterna*» (1 Tim 1,16). ¡Fíjate en su inmensa humildad! Por eso, dice, obtuvo misericordia, a fin de que nadie desesperara, dado que el peor entre todos los hombres había obtenido beneficio de la bondad divina (Juan Crisóstomo, *Comento alla lettera ai Galati*, Roma ²1996, pp. 55ss [edición española: *Comentario a la Carta a los Gálatas*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1996]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy estas palabras de san Pablo:

«*Para mí, la vida es Cristo, y el morir, una ganancia*» (Flp 1,22).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El edificio espiritual construido por san Pablo, con su profundidad profética y sus escarpadas ascensiones, emerge alto sobre el plano de nuestra apacible piedad cristiana. ¿Quién fue este grande, que obró a la sombra de Uno inmensamente más grande que él? ¿Quién fue este atrevido pionero, este «errante entre dos mundos»?

Dos ciudades ejercieron una influencia decisiva en el ciclo de su formación: Tarso y Jerusalén. «Soy un judío de Tarso de Cilicia...»: así se calificó Pablo ante el comandante romano cuando fue encarcelado. Dos corrientes de antigua civilización aflúan, pues, y se fundían en él: la educación judía en familia y la formación griega que absorbía en la capital de su provincia natal, dotada de universidad. Está escrito, ciertamente, en los designios de la Providencia que este hombre, destinado a que en su vida actuara como misionero en medio de los paganos, debería recibir su primera educación en un centro mundial del paganismo. Aquel para quien ya no debería existir diferencia alguna entre judíos y paganos, entre griegos y bárbaros, entre libres y esclavos (cf. Col 3,11; 1 Cor 12,13), no debía nacer entre las idílicas colinas de Galilea, sino en el tumulto de un rico emporio comercial donde aflúan y se mezclaban gentes de todas las naciones sometidas al Imperio romano.

«Soy de Tarso, una ciudad no oscura de Cilicia». Parece que se refleja en esta respuesta un sentimiento de genuino orgullo griego por su propia ciudad de nacimiento. Tarso competía, en efecto, con Alejandría y Atenas por la conquista del primado en el campo de la cultura; en ella se elegían los maestros para los príncipes imperiales de Roma, y es natural que un centro de cultura tan eminente influyera en la formación de la personalidad del futuro apóstol... En Tarso dominaban la espiritualidad y la lengua griega junto a las leyes romanas y a la austeridad de la sinagoga judía (J. Holzner, *L'Apostolo Paolo*, Brescia ²1987 [edición española: *San Pablo*, Editorial Herder, Barcelona 1989]).

Santos Timoteo y Tito

26 de enero

Tanto los Hechos de los apóstoles como las cartas de san Pablo, en algunas de las cuales figura como remitente junto a Pablo, nos proporcionan noticias sobre Timoteo; en otras cartas se mencionan encargos que le habían sido confiados, entre ellos la responsabilidad de la Iglesia de Éfeso. Timoteo, nacido en Listra, hijo de madre judía convertida al cristianismo y de padre griego, fue un estrecho colaborador de Pablo en la evangelización. Estuvo unido a él por un profundo y afectuoso vínculo filial y por los mismos propósitos, según el testimonio del propio apóstol.

De Tito, sólo habla Pablo en sus cartas. El perfil que de ellas resulta es el de un cristiano procedente del paganismo, firme en la fe, activo y generoso en la evangelización, hombre de paz que ama y se hace amar, dotado de buenas aptitudes de organización. La carta a él dirigida le presenta como responsable de la comunidad de Creta.

LECTIO

Primera lectura: 2 Timoteo 1,1-8

¹ Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, para anunciar la promesa de la vida que está en Jesucristo, ² a

Timoteo, mi hijo querido; gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo.

³ Doy gracias a Dios, a quien sirvo con una conciencia limpia, según me enseñaron mis mayores, y me acuerdo de ti constantemente, noche y día, en mis oraciones. ⁴ Al recordar tus lágrimas, siento un gran deseo de verte para llenarme de alegría, ⁵ pues guardo el recuerdo de la sinceridad de tu fe, esa fe que tuvo primero tu abuela Loida y tu madre Eunice y que, estoy seguro, tienes tú también.

⁶ Por ello te aconsejo que reavives el don de Dios que te fue conferido cuando te impuse las manos. ⁷ Porque Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de ponderación. ⁸ No te avergüences, pues, de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero; antes bien, con la confianza puesta en el poder de Dios, sufre conmigo por el Evangelio.

➤ La segunda Carta a Timoteo, que puede ser fechada a finales del siglo I y pertenece a la escuela paulina, se presenta como el testamento espiritual del apóstol en vísperas del martirio. El autor conoce bien tanto las cartas auténticas de Pablo como las llamadas «deuteropaulinas», y sentimos el eco de las mismas desde el saludo inicial (v. 1) hasta la repetición de motivos entrañables al apóstol: el «*espíritu de temor*» (v. 7) recuerda el «*espíritu de esclavos*» de Rom 8,15; se exhorta a Timoteo a no avergonzarse de dar testimonio del Señor (v. 8), del mismo modo que Pablo no se avergüenza del Evangelio (Rom 1,16).

La carta se abre con expresiones de afecto y de estima, pero, sobre todo, de gratitud al Señor. Pablo reivindica para sí el título de «apóstol», que es consciente de merecer porque se ha hecho anunciador del Evangelio y porque ha sido fiel desde siempre al servicio de Dios «*según me enseñaron mis mayores*» (v. 3), subrayando la continuidad entre el seguimiento de Jesús y la fidelidad a la Ley judía. Es la misma continuidad señalada y aprobada con vigor en la experiencia de Timoteo, enca-

minado a la fe por su abuela y su madre judías, antes de ser cristiano.

También es característico de las cartas pastorales poner el acento en el carisma del pastor de almas, personificado idealmente por Timoteo y transmitido por el apóstol a través de la imposición de las manos (v. 6). Domina sobre el conjunto *el tema del testimonio*, dado por Pablo en las tribulaciones y en la cárcel, hasta el martirio, y confiado al discípulo Timoteo para que continúe el servicio «*con la confianza puesta en el poder de Dios*» (v. 8).

Evangelio: Lucas 22,24-30

En aquel tiempo, ²⁴ se produjo entre ellos una discusión sobre quién debía ser considerado el más importante. ²⁵ Jesús les dijo:

–Los reyes de las naciones ejercen su dominio sobre ellas, y los que tienen autoridad reciben el nombre de bienhechores. ²⁶ Pero vosotros no debéis proceder de esta manera. Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve. ²⁷ ¿Quién es más importante, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pues bien, yo estoy entre vosotros como el que sirve. ²⁸ Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas. ²⁹ Y yo os hago entrega de la dignidad real que mi Padre me entregó a mí, ³⁰ para que comáis y bebáis a mi mesa cuando yo reine, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

➔ El fragmento, que se encuentra al final del evangelio de Lucas, sigue a la institución de la eucaristía y precede al relato de la pasión. Está situado entre dos predicciones de Jesús que forman una inclusión: el anuncio de la traición de Judas y el de la traición de Pedro. Son las últimas enseñanzas de Jesús, y resalta sobre todo la incompreensión y la inadecuación de los discípulos a la tarea que les va a ser confiada.

La cuestión sobre la que discuten los discípulos debía ser un tema recurrente en sus conversaciones: el mismo Lucas la había recordado ya al final del ministerio en Galilea (9,46), y los otros sinópticos (*cf.* Mc 9,34; Mt 18,1) la señalan en otros momentos de la vida de Jesús. La pregunta no está planteada directamente a Jesús, que, no obstante, capta –ciertamente con amargura– la preocupación de los discípulos y les responde recurriendo a tres imágenes de contraste: los reyes de la tierra, el señor y el siervo, el banquete del Reino. Los reyes gobiernan a los pueblos, poseen el poder y «*reciben el nombre de bienhechores*», pero, en el seguimiento de Jesús, el nombre y el poder no tienen valor. El señor que está sentado a la mesa y el siervo corresponden a roles concretos en la sociedad: en el comportamiento de Jesús están subvertidas las distinciones sociales. Y, por último, la imagen triunfal del Reino, la alegría del banquete, la autoridad del juicio sobre las tribus de Israel, son inseparables de las «*pruebas*» a las que están llamados Jesús y los suyos.

MEDITATIO

Muchos pasajes de los evangelios nos muestran a los discípulos, incluso en vísperas de la pasión y hasta después de la resurrección de Jesús, todavía incapaces de comprender su mensaje. Sin embargo, Jesús se muestra muy tolerante con ellos y les regaña de una manera suave. La inadecuación no da lugar al desaliento, sino que, al contrario, acentúa la confianza en la ayuda del Señor (*cf.* 2 Tim 1,7ss).

La sed de poder y el orgullo de las posiciones de prestigio son una de las tentaciones más fuertes para la humanidad, y no es casualidad que fuera una de las tres a las que fue sometido Jesús en el desierto. A lo largo de la historia, ha sido con frecuencia causa de pecado y ha provocado graves desgarros en la Iglesia. También no-

sotros caemos fácilmente en ella, porque nadie está inmune por completo a la pretensión de ser mejor que los otros. La perícopa evangélica nos muestra la respuesta de Jesús a esta codicia de sobresalir: existe verdaderamente un primado que debemos ambicionar, y es el primado en el servicio; existe una grandeza que debe fascinarnos, y es la grandeza de los pequeños.

Los discípulos están predestinados a la mesa del Reino y les está reservado el poder de *«juzgar a las doce tribus de Israel»*. Sin embargo, la autoridad en la Iglesia procede de la gracia del Señor, no de la capacidad humana. Lo que habilita a ejercerla es haber *«perseverado conmigo en mis pruebas»* (Lc 22,28), haber sufrido con el apóstol por el Evangelio *«con la confianza puesta en el poder de Dios»* (2 Tim 1,8).

ORATIO

Señor, sabemos que somos siervos inútiles, incapaces de corresponder a tu amor por nosotros. Sin embargo, nos dejamos arrastrar por nuestro orgullo, pretendemos juzgar a los otros, nos jactamos como si por nuestro mérito, y no por tu misericordia, hubiéramos sido llamados a formar parte de tu Iglesia. Nuestra solicitud por los hermanos cede, con excesiva frecuencia, al deseo de sobresalir: hasta cuando estamos comprometidos en una actividad pastoral, en vez de compartir con sencillez y alegría las responsabilidades, queremos imponer nuestras decisiones y nuestros puntos de vista. Confiamos demasiado en nuestra habilidad, como si tuviéramos que hacer propaganda de un producto comercial, y por eso es tímido nuestro testimonio. Señor, ablanda nuestro corazón. Ayúdanos a poner en el centro tu Evangelio y no nuestras convicciones. Pon orden y claridad en las motivaciones de nuestro obrar, para que gracias a ti podamos reconocer y vencer el orgullo in-

cluso cuando se disfraza entre «las buenas intenciones». Haznos confiados y abiertos como los niños, que no se avergüenzan de pedir ayuda. Concédenos la alegría de reconocernos «pequeños». Sé tú nuestra única fuerza, y nada más podrá darnos miedo.

CONTEMPLATIO

El que, muriendo a todas las pasiones de la carne, vive ahora espiritualmente debe ser conducido de todas las maneras a convertirse en ejemplo de vida; ha pospuesto en todo el éxito mundano; no teme ninguna adversidad; sólo desea los bienes interiores. Plenamente conforme con su íntima disposición, no le contrarrestan ni el cuerpo, con su debilidad; ni el espíritu, con su orgullo. No se ve arrastrado a desear los bienes ajenos, sino que se muestra generoso con los suyos. Por sus entrañas de misericordia se pliega muy pronto al perdón, pero no se desvía de la más alta rectitud, considerando las cosas con más indulgencia de lo que conviene. No hace nada ilícito, pero llora como propio el mal cometido por otros. Compadece la debilidad ajena con todo el afecto del corazón, goza con los bienes del prójimo como si fueran éxitos suyos. En todo lo que hace se muestra imitable a los otros, de suerte que no tiene que avergonzarse ni siquiera por hechos pasados. Procura vivir de tal modo que esté en condiciones de irrigar, con las aguas de la doctrina, los áridos corazones del prójimo. Ha aprendido por propia experiencia, a través de la práctica de la oración, que puede obtener de Dios lo que pida, pues de él ha dicho de manera especial la palabra profética: «*Mientras todavía estés hablando, diré: Heme aquí, aquí estoy*» (Gregorio Magno, *La regala pastorale*, Roma 1995, pp. 58ss [edición española: *La regla pastoral*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1993]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy esta frase consoladora:

«Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de ponderación» (2 Tim 1,7).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los obispos deben dedicarse a su labor apostólica como testigos de Cristo delante de los hombres, interesándose no sólo por los que ya siguen al Príncipe de los Pastores, sino consagrándose totalmente a los que de alguna manera perdieron el camino de la verdad o desconocen el Evangelio y la misericordia salvadora de Cristo, para que todos caminen «en toda bondad, justicia y verdad» (Ef 5,9) (*Christus Dominus*, decreto del Concilio Vaticano II sobre el ministerio pastoral de los obispos, n. 11).

En la edificación de la Iglesia, los presbíteros deben vivir con todos con exquisita delicadeza, a ejemplo del Señor. Deben comportarse no según el beneplácito de los hombres, sino conforme a las exigencias de la doctrina y de la vida cristiana, enseñándoles y amonestándoles como a hijos amadísimos, según las palabras del apóstol: «Insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina» (2 Tim 4,2).

Por lo cual atañe a los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, procurar personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó (*Presbyterorum ordinis*, decreto del Concilio Vaticano II sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, n. 6).

Santa Ángela de Mérici

27 de enero

Nació en Desenzano dal Garda hacia 1474. Fundó en Brescia, el 25 de noviembre de 1535, una compañía de vírgenes a la que puso bajo la protección de santa Úrsula y a la que llamó «Compañía de santa Úrsula».

Animada por el espíritu de sabiduría y de profecía, ofreció a las mujeres de su tiempo (a las que sólo se les ofrecía dos caminos: el matrimonio o el monasterio de clausura) la posibilidad de consagrarse a Dios elegida libremente y vivida como «esposas del Hijo de Dios», abiertas a la maternidad espiritual, a pesar de seguir viviendo en su propio ambiente, sin estar ligadas a una actividad común, sino unidas «conjuntamente» como miembros de una familia espiritual.

Ángela, *Sur Anzola*, dejó a sus «hijas» una *Regla*, *Recuerdos* y *Legados* impregnados de la Palabra de Dios y de sabiduría humana. Murió el 27 de enero de 1540 en Brescia; fue sepultada en la iglesia de S. Afra (iglesia que será dedicada después a ella) y canonizada el 24 de mayo de 1807.

En nuestros días, Ángela Mérici es conocida y venerada en todo el mundo gracias a la difusión de la Compañía de santa Úrsula en su forma secular y de los diferentes institutos de hermanas ursulinas que se remontan a ella.

LECTIO

Primera lectura: 1 Corintios 1,26-31

²⁶ Considerad, hermanos, vuestra vocación, pues no hay entre vosotros muchos sabios según los criterios del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. ²⁷ Al contrario, Dios ha escogido lo que el mundo considera necio para confundir a los sabios; ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes; ²⁸ ha escogido lo vil, lo despreciable, lo que no es nada a los ojos del mundo para anular a quienes creen que son algo. ²⁹ De este modo, nadie puede presumir delante de Dios. ³⁰ A él debéis vuestra existencia cristiana, ya que Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría divina, salvación, santificación y redención. ³¹ De esta manera, como está escrito, *el que quiera presumir que lo haga en el Señor.*

➔ Dios ha demostrado su poder y su sabiduría salvando a los que creen con un medio tan débil que ningún poderoso o sabio de este mundo habría considerado adecuado para la salvación: la cruz. Dios escoge a menudo a personas exentas de posibilidades y medios de los que puedan jactarse y a los que puedan confiarse; las llama en Cristo Jesús sin ningún mérito por su parte y las convierte –por medio de su participación en la pasión de Cristo– en fuerza determinante para la salvación del mundo.

Santa Ángela tuvo una vivísima conciencia de haber sido elegida por Dios, por su infinita bondad, como instrumento para una gran obra, «a pesar de su muy insuficiente e inútilísima sierva».

Evangelio: Juan 17,11b-23

En aquel tiempo, elevó Jesús los ojos al cielo y oró diciendo: ¹¹ Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado para que sean uno, como tú y yo somos uno.

¹² Mientras yo estaba con ellos en el mundo, yo mismo guardaba, en tu nombre, a los que me diste. Los he protegido de tal manera que ninguno de ellos se ha perdido, fuera del que tenía que perderse para que se cumpliera lo que dice la Escritura. ¹³ Ahora, en cambio, yo me voy a ti. Si digo estas cosas mientras todavía estoy en el mundo es para que ellos puedan participar plenamente en mi alegría.

¹⁴ Yo les he comunicado tu mensaje, pero el mundo los odia, porque no pertenecen al mundo, como tampoco pertenezco yo. ¹⁵ No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del maligno. ¹⁶ Ellos no pertenecen al mundo, como tampoco pertenezco yo. ¹⁷ Haz que ellos sean completamente tuyos por medio de la verdad; tu palabra es la verdad.

¹⁸ Yo los he enviado al mundo, como tú me enviaste a mí. ¹⁹ Por ellos yo me ofrezco enteramente a ti, para que también ellos se ofrezcan enteramente a ti, por medio de la verdad. ²⁰ Pero no te ruego solamente por ellos, sino también por todos los que creerán en mí por medio de su palabra.

²¹ Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado. ²² Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. ²³ Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado y que les amas a ellos como me amas a mí.

➡ Jesús ora, en la plegaria sacerdotal, por aquellos discípulos que han vivido con él en el mundo y que ahora deben quedarse en el mundo sin él, porque los ha enviado a este mundo. Pide para ellos que la unidad existente entre él y el Padre también les caracterice a ellos. Por ellos se ofrece en sacrificio, a fin de que hagan como él: el criterio fundamental del amor a Dios es el amor a los hermanos.

También santa Ángela, al recomendar a sus «hijas» la caridad y la unidad fraterna, asegura esto: «Si os esforzáis por ser así, no cabe duda de que el Señor Dios estará en medio de vosotras» (*Recuerdo último*).

MEDITATIO

Actualidad del Evangelio y de las Escrituras; actualidad de santa Ángela, cuyos escritos son la encarnación de la Palabra de Dios en su vida.

«*Considerad, hermanos, vuestra vocación*» (1 Cor 1,26). «Por eso, hermanas mías [...], os ruego y suplico a todas, a fin de que, habiendo sido elegidas para ser verdaderas e intactas esposas del Hijo de Dios, queráis conocer antes qué comporta tal elección» (*Regla, Prol.*). Es una elección que tiene su raíz en el servicio de Dios por el Reino, una elección nupcial tan a la escucha del Espíritu del Esposo que Ángela en sus «escritos» sobreabunda en invocaciones a la Palabra de Dios.

El poder de esta Palabra, que hace de ella la Esposa del Hijo del Altísimo, la convierte también en madre de una compañía de vírgenes y de cuantos recurran a su ayuda espiritual. La dimensión nupcial y la maternidad de Ángela están destinadas a una concreta misión de unidad y comunión entre las «hijas», por las cuales suplica «hasta con sangre» (*Recuerdo último*), y a una misión de paz y comunión entre los hermanos.

«Sur Anzola», peregrina en los Santos Lugares y en su tierra, es sobre todo peregrina de la Palabra cuando anuncia y cuando recompone la paz en las familias. Fue peregrina de paz también para gente noble, como Francesco Sforza; fue luz especialmente para el clero, que se remite a la sabiduría de Ángela respecto a la Escritura. Hoy, como en tiempos de Ángela, el maligno, que «no duerme nunca» (*Legados X*), siembra odio y división, egoísmo. Consagrados «*en la verdad*» que es Él, elegidos en Jesús, muerto y resucitado, queremos, como Ángela, que la última oración de Cristo al Padre se convierta en la realidad de nuestra vida, para que el mundo crea que el Padre ha enviado a su Hijo para acogernos, ya en esta tierra, en la infinita alegría de vida de la comunión tri-

nitaria. Éste es el servicio por el Reino en la Iglesia. Que de cada uno de nosotros los cristianos pueda decirse lo que su secretario Gabriele Cozzano escribió de ella: «Quien no conozca la realidad de las virtudes, de los caminos de la santa Iglesia, así como de su verdadero sentir y de su espíritu, que dirija su mirada al espíritu de la madre sor Ángela y a su comportamiento y se configure con ella. Y será un verdadero y fiel católico».

ORATIO

Señor mío, ilumina las tinieblas de mi corazón y concédeme la gracia de morir antes que ofender hoy mismo a tu divina Majestad. Asegura mis afectos y mis sentidos, de suerte que no se desvíen ni a la derecha ni a la izquierda, ni me distraigan de tu luminosísimo rostro, que pone contento a cualquier corazón afligido.

¡Ay! Miserable de mí, que, al entrar en el secreto de mi corazón, no me atrevo a levantar los ojos al cielo de vergüenza [...]. Dígnate, oh benignísimo Señor, perdonarme tantas ofensas y todas las faltas que haya cometido desde el día de mi santo bautismo hasta hoy. Dígnate perdonar también, ¡ay de mí!, los pecados de mi padre y de mi madre, y los de mis parientes y amigos, y los de todo el mundo. Te lo pido por tu sacratísima pasión y por tu sangre preciosa derramada por amor nuestro; por tu santo nombre: sea éste bendito sobre la arena del mar, sobre las gotas de las aguas, sobre la multitud de las estrellas.

Señor, en lugar de esas miserables criaturas que no te conocen ni se preocupan de participar en los méritos de tu sacratísima pasión, se me rompe el corazón, y voluntariamente daría –si pudiera– yo misma mi sangre para abrir la ceguera de sus mentes (*cf.* Ángela de Mérici, *Regla V*).

CONTEMPLATIO

La última recomendación que os hago, y con la cual os ruego hasta con la sangre, es que seáis concordes, que estéis todas unidas con un corazón y una sola voluntad. Permaneced ligadas una con otra con el vínculo de la caridad, apreciándoos, ayudándoos, soportándoos en Jesucristo [...]. Porque Dios lo ha predispuesto *ab aeterno* así: que aquellos que son concordes en el bien por su honor, tengan toda prosperidad, y lo que hagan vaya a buen fin teniendo a su favor a Dios mismo y todas sus criaturas. Considerad, por tanto, cuán importante es tal unión y concordia, así que deseadla, buscadla. Abrazadla, conservadla con todas las fuerzas. Y yo os digo que, estando todas vosotras unidas así de corazón, seréis como una roca fortísima o una torre inexpugnable contra todas las adversidades, persecuciones y engaños diabólicos. Y os doy aún la certeza de que toda gracia que pidáis a Dios os será concedida infaliblemente. Y estaré siempre en medio de vosotros, ayudando a vuestras oraciones (Ángela de Mérici, *Recuerdo último*).

ACTIO

Durante la jornada de hoy, medita con frecuencia la enseñanza de santa Ángela:

«Señor mío, única vida y esperanza mía» (Regla V).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Aquí está el núcleo del mensaje de Ángela de Mérici: Cristo la ha prevenido con una iniciativa de amor: él es el «amador». Ángela le llamará así tres veces en sus escritos. Nota específica de la espiritualidad de Ángela será la contemplación de este misterio de Cristo esposo en la tensión amorosa del ser y del obrar tendente hacia él.

Hacer presente en la Iglesia este misterio del Cristo-esposo y dar testimonio de él en el mundo, con la vida y con la palabra, será el carisma entregado a las herederas de Ángela de Mérici a fin de que lo continúen a lo largo de los siglos. Aquí dejamos la palabra al padre Valentino Macca, teólogo de Brescia: «En el clima de renovación de la Iglesia de su tiempo, Ángela vivió en sí misma, de una manera excepcional, el misterio de la Iglesia "esposa". Esto es lo que constituye el eje de su pensamiento y de su acción, es la nota más vigorosa de su experiencia, de su espiritualidad, de su maternidad de fundadora. Esto es, al menos, lo que resulta de cuanto con mayor seguridad nos revelan la *Regla*, los *Recuerdos* y los *Legados*, auténtico espejo de su alma y revelación de su modo de "sentir" a Cristo, de "acoger" a Cristo, de "responder" a Cristo, a "nuestro dulce y benigno esposo Jesús" (*Regla* XII)».

La espiritualidad «nupcial», en la línea de la vocación virginal, parte de la convicción teológica de una iniciativa del «Amador» (*Recuerdos* 9; *Legados* 11) en el «elegir» y «llamar» «a ser verdaderas e intactas esposas» del Señor (*Regla* I, *Prol.*). Se trata de una magna gracia y dignidad (*cf. ibíd.*), que pide la correspondencia del amor. Las exigencias de la *Regla*, en un clima de animosa y alegre ascesis, se proyectan hacia una mística que, abandonando a la virgen a la acción del Espíritu, quiere ayudarle a «agradar lo más posible a Jesucristo esposo» (*Legados* 4). Así es como él se convierte en el *todo* de la esposa, según un texto notable de la *Regla* (*cf. XI*). Puesto que sólo de este modo se vuelve «Cristo [para la virgen] el único tesoro, de modo que él sea también el Amor» (*cf. Recuerdos* 5). Sólo así, en la óptica de Ángela, vive la virgen la plena fidelidad nupcial y «hace honor a Jesucristo, al que ha prometido su virginidad y a sí misma» (*cf. Recuerdos* 5).

Se trata de la fidelidad del amor unitivo, con el que la virgen, como la Iglesia y con la Iglesia, es «*santa, sin mancha o arruga o cosa semejante*», y tiende de manera perenne al coloquio-comunión, cuyo eco es transmitido por las últimas palabras de la revelación, con el diálogo entre el Espíritu de Jesús y la Esposa: «Ven» (L. Mariani – E. Tarolli – M. Seynaève, *Angela Merici. Contributo per una biografia*, Milán 1986, pp. 233ss).

Santo Tomás de Aquino

28 de enero

Nació en el seno de la noble familia de Aquino en torno a 1225 y pasó los primeros años de su formación religiosa junto a los benedictinos de Montecassino. Siendo estudiante en la Universidad de Nápoles, entró en contacto con los dominicos, que acababan de ser fundados hacía pocos años. Fascinado por el estilo de éstos en Nápoles, quiso abrazar este tipo de vida, pero tuvo que hacer frente a resistencias familiares. En Colonia (Alemania) fue alumno predilecto de san Alberto Magno (1248-1252). Cuando apenas contaba treinta años se le concedió el grado de maestro en Teología por la Universidad de París. Su actividad de profesor, predicador, consultor de obispos y papas y defensor de la fe fue enorme.

Escribió muchas obras comentando la Sagrada Escritura, obras de teología –las más famosas son la *Summa teológica* y la *Summa contra gentiles*– y obras comentando los principales escritos de Aristóteles y de otros grandes estudiosos del pensamiento filosófico. Estas obras, maravillosa síntesis de armonía entre las conquistas más arduas del pensamiento humano y de la traducción genuina de la fe católica, continúan orientando todavía hoy el estudio de la teología.

Murió el 7 de marzo de 1274 en la abadía de Fossanova mientras iba de viaje para el Concilio de Lyon, en el que iba a tomar parte junto con san Buenaventura, de quien era muy amigo. Fue canonizado el 18 de julio de 1323 por Juan XXII. San Pío V lo proclamó «doctor de la Iglesia» en 1567, y León XIII, patrono de las escuelas católicas en 1879.

LECTIO

Primera lectura: Efesios 3,8-12

Hermanos: ⁸ A mí, el más insignificante de todos los creyentes, se me ha concedido este don de anunciar a las naciones la insondable riqueza de Cristo ⁹ y de mostrar a todos cómo se cumple este misterioso plan, escondido desde el principio de los siglos en Dios, creador de todas las cosas. ¹⁰ De esta manera, los principados y potestades que habitan en el cielo tienen ahora conocimiento, por medio de la Iglesia, de la múltiple sabiduría de Dios, ¹¹ contenida en el plan que desde la eternidad proyectó realizar en Cristo Jesús, Señor nuestro. ¹² Mediante la fe en él y gracias a él, nos atrevemos a acercarnos a Dios con plena confianza.

➔ El comentario más elocuente de la Palabra de Dios es la vida de los santos que en ella se inspiran. Con su ejemplo la hacen elocuente y nos sirven de apoyo a la hora de vencer las resistencias que a menudo trae consigo el configurar con ella nuestra propia vida.

El Señor, el Creador del universo, lo hace todo «*con sabiduría y amor*», pero nosotros –aunque sostenidos por la gracia– quisiéramos encontrar una legitimación que nos exima de pensar y de anunciar sus obras, con el pretexto de que son demasiado grandes para nosotros o bien de que somos demasiado pequeños para una vocación y una misión tan sublimes.

Los santos, con la simplicidad de su vida, atestiguan a qué alturas lleva la gracia de Dios a las mentes y los corazones de las personas que se confían con humildad y sinceridad a él, quedando transformada su existencia por su entrega al Misterio. Este designio salvífico, revelado en Cristo, es manifestado ahora por medio de la Iglesia, madre y maestra de la Verdad. A través de ella irradia el Espíritu las bellezas de la multiforme sabi-

duría de Dios, la misma que, cuando es acogida con una mente y con un corazón dóciles por parte del hombre, capacita para acercarse al Padre con plena confianza, mediante la fe.

Evangelio: Juan 17,11b-19

En aquel tiempo, elevó Jesús los ojos al cielo y oró diciendo: ¹¹ Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado para que sean uno, como tú y yo somos uno.

¹² Mientras yo estaba con ellos en el mundo, yo mismo guardaba, en tu nombre, a los que me diste. Los he protegido de tal manera que ninguno de ellos se ha perdido, fuera del que tenía que perderse para que se cumpliera lo que dice la Escritura. ¹³ Ahora, en cambio, yo me voy a ti. Si digo estas cosas mientras todavía estoy en el mundo es para que ellos puedan participar plenamente en mi alegría.

¹⁴ Yo les he comunicado tu mensaje, pero el mundo los odia, porque no pertenecen al mundo, como tampoco pertenezco yo. ¹⁵ No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del maligno. ¹⁶ Ellos no pertenecen al mundo, como tampoco pertenezco yo. ¹⁷ Haz que ellos sean completamente tuyos por medio de la verdad; tu palabra es la verdad.

¹⁸ Yo los he enviado al mundo, como tú me enviaste a mí. ¹⁹ Por ellos yo me ofrezco enteramente a ti, para que también ellos se ofrezcan enteramente a ti, por medio de la verdad.

► La misión de dejarse configurar y consagrar en Cristo está potenciada y sostenida por la misma oración de Jesús. Las peticiones que él, en actitud orante, dirige al Padre por aquellos que han vivido con él revelan los vínculos profundos que quiere establecer con ellos y la plenitud de comunión en la que desea unirlos y vivificarlos. Su solicitud respecto a los discípulos, durante el tiempo de su presencia entre nosotros y ahora que se encuentra junto al Padre, está destinada por completo a consolidar los vínculos de comunión que unen al Padre con él y en los cuales quiere introducirlos.

Jesús quiere que sus discípulos sean custodiados en el nombre santo del Padre, el nombre que él mismo ha revelado y en el que los ha conservado. Tras ser enviado por el Padre, nos ha dado su Palabra –a saber, él mismo– y se ha convertido en fuente de aquella alegría que es la única que permite no sucumbir en las pruebas, no convertirse en víctimas del rechazo que el mundo le reserva a Jesús, a su palabra, a sus discípulos. Este compartir el rechazo es reflejo y expresión que hace resaltar el compartir que subsiste entre el Padre, Jesús, los discípulos.

Jesús pide que este vínculo, con el que él y el Padre están unidos, sea duradero, creciente e intenso también en nuestra relación con él, que se convierta en fuerza de defensa que nos haga invulnerables al maligno que acecha en el camino, la presencia en el mundo de aquellos que han sido consagrados en la Verdad. El vínculo con el que él y el Padre son uno se extiende, en virtud de su misión, a los discípulos y es en ellos fuente de la misión que les ha sido confiada. Cuando le son fieles, los protege y los hace crecer en la alegría que acompaña al gusto de la Verdad de la Palabra que fundamenta la comunión con Jesús y, en él, con el Padre por el Espíritu. La luz de la mente y la paz del corazón alimentan el fervor en el anuncio que invita a vivir en la consagración y a irradiar su belleza.

MEDITATIO

La Palabra escuchada ilumina con una luz cálida y transparente la misión que, en virtud del bautismo, consagra a todo cristiano a la Verdad persona que es Jesús y a la misión que él perpetúa en su Iglesia, misionera de paz y de unidad en el mundo. La vida cristiana es fruto de la participación en el amor que une a Jesús y al Padre, que tiende a hacer crecer injertados en él y a hacer brotar de él pensamientos, palabras y obras a fin de

que cada persona se reconozca sumergida en la misma misericordia y quiera ser asociada a la comunión entre las Personas divinas, fuente y vértice de toda iniciativa sacramental y de todo compromiso apostólico.

La consagración a la Verdad, o sea, a Jesús, Verdad del Padre, es la expresión más sublime de la dignidad humana y cristiana. Las personas humanas, que no han sido hechas para vivir una vida bruta, sino «para seguir la virtud y el conocimiento» (Dante), entran en Cristo en los horizontes en los que esta vocación-misión se sitúa y se expande: cultivar nuestra inteligencia y querer estar disponibles para la Verdad, sustraernos a toda mentira y doblez, liberar nuestra mente y nuestro corazón para que la Palabra de la Verdad no se contamine y no deba morar con el error. La virtud en la inteligencia es preparación y nostalgia de ver a Dios, es fuerza de consentimiento a la oración de Jesús al Padre, compromiso de no hacer vano el anuncio del «*misterio escondido desde el principio de los siglos*», nuestra unión con Cristo, que ha resucitado como primicia de todos aquellos que en él viven, esperan y obran. Querer entender la Verdad, ser habitados por ella, liberados y libres por ella, ser ministros dóciles de la luz que ella es y que de ella irradia, no es ni un *hobby* ni una pretensión soberbia; es docilidad humilde, sencilla, perseverante, orante y amorosa ante el designio del Padre, que, en su Espíritu, capacita para conocerle, reconocerle y amarle en esta vida, para ser inundados de la plenitud de su luz en la gloria.

ORATIO

¡Oh, Santísimo Jesús, que aquí sois verdaderamente Dios escondido, concededme desear ardientemente, buscar prudentemente, conocer verdaderamente y cumplir perfectamente en alabanza y gloria de vuestro nombre todo lo que os agrada.

Ordenad, ¡oh Dios mío!, el estado de mi vida; Concededme que conozca lo que de mí queréis y que lo cumpla como es menester y conviene a mi alma. Concededme, oh Señor Dios mío, que no desfallezca entre las prosperidades y adversidades, para que ni en aquéllas me ensalce, ni en éstas me abata.

De ninguna cosa tenga gozo ni pena, sino de lo que lleva a vos o aparta de vos.

A nadie desee agradar o tema desagradar, sino a vos.

Séanme viles, Señor, todas las cosas transitorias y preciosas todas las eternas.

Disgústeme, Señor, todo gozo sin vos, y no ambicione cosa ninguna fuera de vos. Séame deleitoso, Señor, cualquier trabajo por vos y enojoso el descanso sin vos.

Concededme, oh Dios mío, levantar a vos mi corazón frecuente y fervorosamente, hacerlo todo con amor, tener por muerto lo que no pertenece a vuestro servicio, hacer mis obras no por rutina, sino refiriéndolas a vos con devoción.

Hacedme, oh Jesús, amor mío y mi vida, obediente sin contradicción, pobre sin rebajamiento, casto sin corrupción, paciente sin disipación, maduro sin pesadumbre, diligente sin inconstancia, temeroso de vos sin desesperación, veraz sin doblez; haced que practique el bien sin presunción, que corrija al prójimo sin soberbia, que le edifique con palabras y obras sin fingimientos.

Dadme, oh Señor Dios mío, un corazón vigilante que por ningún pensamiento curioso se aparte de vos; dadme un corazón noble que por ninguna intención siniestra se desvíe; dadme un corazón firme que por ninguna tribulación se quebrante; dadme un corazón libre al que ninguna pasión violenta le domine.

Otorgadme, oh Señor Dios mío, entendimiento que os conozca, diligencia que os busque, sabiduría que os halle, comportamiento que os agrade, perseverancia

que confiadamente os espere, y esperanza que, finalmente, os abrace.

Concededme que me aflija con vuestras penas aquí por la penitencia, que en el camino de mi vida use de vuestros beneficios por la gracia y que en la patria goce de vuestras alegrías por la gloria.

Señor, que vivís y reináis, Dios por todos los siglos de los siglos.

Amén.

(Oración al Santísimo Sacramento de santo Tomas de Aquino).

CONTEMPLATIO

Es claro que no todos pueden dedicarse a la ciencia con esfuerzo, y por eso Cristo ha dado una ley sencilla que todos puedan conocer y nadie pueda excusarse por ignorancia de su cumplimiento. Ésta es la ley del amor divino: porque pronta y perfectamente cumplirá el Señor su palabra sobre la tierra (Rom 9,28; Is 10,23).

Esta ley debe ser la regla de todos los actos humanos. Del mismo modo que sucede en las cosas artificiales, donde una cosa se dice buena y recta cuando se adecua a la regla, de la misma manera, pues, cualquier acción del hombre se llama recta y virtuosa cuando concuerda con la regla divina del amor, mientras que cuando está en desacuerdo con ella no es ni recta, ni buena, ni perfecta. Esta ley, la del amor divino, realiza en el hombre cuatro cosas muy deseables.

En primer lugar, es causa en él de la vida espiritual; es claro que ya en el orden natural el que ama está en el amado, y, del mismo modo, también el que ama a Dios lo tiene al mismo dentro de sí: *Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* (1 Jn 4,16). Es pro-

pio también naturalmente en el amor que el que ama se transforme en el amado; así, si amamos a Dios nos hacemos divinos: *El que se une al Señor es un espíritu con él* (1 Cor 6,15). Y como afirma san Agustín, «como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida del alma». Paralelamente, el alma obrará virtuosamente y perfectamente sólo cuando actúe por la caridad, mediante la cual Dios habita en ella; en cambio, sin caridad, no podrá actuar: *El que no ama permanece en la muerte* (1 Jn 3,14). Si alguien tuviera todos los dones del Espíritu Santo, pero no la caridad, no tiene la vida. Sea el don de lenguas, sea la gracia de la fe o cualquier otro, como el don de profecía, si no hay caridad, no dan la vida (1 Cor 3). Aunque al cuerpo muerto se lo revista de oro y piedras preciosas, no obstante siempre estará muerto.

En segundo lugar, es causa del cumplimiento de los mandamientos divinos. Dice san Gregorio que la caridad no es ociosa: si se da, actuará cosas grandes, pero si no se actúa es que no hay allí caridad. Comprobamos cómo el que ama es capaz de hacer cosas grandes y difíciles por el amado, por ello dice el Señor: *El que me ama guardará mi palabra* (Jn 4,23). El que guarda el mandamiento y ley del amor divino cumple toda la ley.

Lo que hace la caridad en tercer lugar es ser una defensa en la adversidad. Al que posee la caridad ninguna cosa adversa le dañará; es más, se convertirá en utilidad: *A los que aman a Dios todo les sirve para el bien* (Rom 8,28); aún más, incluso al que ama le parecen suaves las cosas adversas y difíciles, como entre nosotros mismos vemos tan manifiestamente.

En cuarto lugar, la caridad lleva a la felicidad; únicamente a los que tienen caridad se les promete efectivamente la bienaventuranza. Todas las demás cosas, si no van acompañadas de la caridad, son insuficientes. Además, es de saber que la diferencia de bienaventuranza

se deberá únicamente a la diferencia de caridad y no en comparación con otras virtudes («De los opúsculos teológicos de santo Tomás de Aquino, presbítero [In duo praecenta...», Ed. J. P. Torrel, en *Revue des Sc. Phil. et Théol.* 69, 1985, pp. 26-29]).

ACTIO

Durante la jornada de hoy, repite con frecuencia y ora con santo Tomás:

«Sagrado banquete en el que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la vida futura».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Puesto que me preguntaste, Juan carísimo en Cristo, de qué modo debes aplicarte para adquirir el tesoro de la ciencia, éste es el consejo que te doy:

1º que por los riachuelos y no de golpe al mar procures introducirte, ya que conviene ir a las cosas difíciles a través de las más fáciles;

2º por tanto, este es mi consejo y tu instrucción. Sé tardo para hablar e incorpórate tarde a los coloquios;

3º depura tu conciencia;

4º no abandones el tiempo dedicado a orar;

5º ama permanecer en tu celda, si quieres ser introducido donde está el vino añejo;

6º muéstrate amable con todos;

7º no pretendas conocer con todo detalle las acciones de los demás;

8º con nadie te muestres muy familiar, porque las familiaridades originan desprecios y suministran materia para sustraerse al estudio;

9º en lo que dicen o hacen los mundanos no te impliques de ninguna manera;

10º apártate del discurso que pretende explicarlo todo;

11º no dejes de imitar los ejemplos de los santos y hombres buenos;

12º encomienda a la memoria lo que se diga de bueno, sin importarte a quién oigas;

13º esfuérzate en entender lo que leas y oigas;

14º cerciórate acerca de los asuntos dudosos;

15º y preocúpate de guardar cuanto puedas en el cofre de la mente, como quien ansía llenar un recipiente;

16º no pretendas lo que es más alto que tú.

Siguiendo esas indicaciones, echarás ramas y darás frutos útiles en la viña del Señor Altísimo mientras vivas. Si sigues estos consejos, podrás alcanzar aquello a lo que aspiras (santo Tomás de Aquino, *Consejos para estudiar bien y plantear rectamente la vida*).

San Juan Bosco

31 de enero

Nació en Castelnuovo d'Asti en el año 1815, en el seno de una familia pobre. Dio muestras de poseer grandes dotes. Fue educado por su madre en la fe y en la práctica de las virtudes cristianas. A los nueve años intuyó por un sueño que debería dedicarse a la educación de la juventud. Siendo todavía un muchacho, fundó entre sus compañeros la «Sociedad de la alegría» para hacer la guerra al pecado. Ordenado sacerdote en 1841, escogió como programa de vida: *Da mihi animas, cetera tolle* (Gn 14,21) y dio origen al oratorio bajo la protección de san Francisco de Sales. Su estilo educativo y pastoral se basaba en el *sistema preventivo* y en la educación en la fe. Fundó la «Sociedad de san Francisco de Sales» (salesianos) y, con santa María Domenica Mazzarello, el «Instituto de las Hijas de María Auxiliadora». Creó también con laicos los *cooperadores salesianos*. El «padre y maestro de la juventud» murió en Turín el 31 de enero de 1888.

LECTIO

Primera lectura: Filipenses 4,4-9

Hermanos: ⁴ Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. ⁵ Que todo el mundo os conozca por vuestra bondad. El Señor está cerca. ⁶ Que nada os angustie; al

contrario, en cualquier situación presentad vuestros deseos a Dios orando, suplicando y dando gracias.⁷ Y la paz de Dios, que supera cualquier razonamiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos por medio de Cristo Jesús.

⁸ Por último, hermanos, tomad en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable, de virtuoso y de encomiable.⁹ Practicad asimismo lo que habéis aprendido y recibido, lo que habéis oído y visto en mí. Y el Dios de la paz estará con vosotros.

➔ La invitación a la alegría, así como el mandato de que no tengan miedo —«*Estad siempre alegres en el Señor*» (v. 4) y de que «*que nada os angustie*» (v. 6)— tienen su fundamento, para el apóstol, en el hecho de que «*el Señor está cerca*» (v. 5). El término «*Señor*» se refiere aquí no sólo a Dios, sino a Jesús, porque en él se acerca Dios a la humanidad. Pablo muestra, en efecto, que la esperanza del cristiano es diferente de la esperanza de quien tercamente se obstina en ser optimista.

La esperanza del cristiano no se fundamenta en un sentimiento de voluntad personal, en una disposición interior al optimismo, sino en la persona de Jesús, que es garantía de lo que esperamos para el futuro. Tres palabras expresan aquí el aspecto personal y comunitario de la esperanza: alegría, confianza y paz.

La alegría deriva del hecho de vivir en comunión con Jesús y con los otros. El que afirma esto no es un vividor, sino un apóstol que sufre, encadenado, que pide repetidamente a los filipenses que se alegren, en la confianza: «*en cualquier situación presentad vuestros deseos a Dios orando, suplicando y dando gracias*» (v. 6). Abandonarse a Dios no es algo indigno del hombre, no es un refugio en un mundo irreal, sino que forma parte de la verdadera sabiduría, porque «*el Señor guarda los pasos de sus fieles*» (1 Sm 2,9). La paz es el resultado de todo lo que precede. Como se ve a partir de las escasas palabras de Pablo, la paz no es ausencia de preocupaciones,

sino fruto del poder de Dios, que custodia el corazón y los pensamientos de los creyentes en Cristo Jesús (v. 7), cosa muy diferente al simple «no tener pensamientos». La paz verdadera no es superficial, sino que toma al hombre allí donde éste decide por sí mismo, en la mente y en el corazón, porque de este modo sus acciones y relaciones serán también acciones y relaciones de paz.

Evangelio: Mateo 18,1-6.10

En aquel tiempo, ¹ se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron:

–¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?

² El llamó a un niño, lo puso en medio de ellos ³ y dijo:

–Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. ⁴ El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.

⁵ El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge. ⁶ Al que sea ocasión de pecado para uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le ataran una piedra de molino al cuello y lo arrojaran al fondo del mar. ¹⁰ Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial.

➔ El fragmento, que tiene como tema el «hacerse pequeño», está ligado al segundo anuncio de la pasión (cf. Mt 17,22ss). La enseñanza de Jesús a sus discípulos se refiere a una actitud fundamental de la existencia cristiana. En ella se subraya la necesidad de superar tanto la autosuficiencia de los grandes como el orgullo de grupo. Las palabras de Jesús van dirigidas ciertamente a la vida interna de la comunidad de los discípulos: «*El mayor en el Reino de los Cielos*» es el más pequeño (v. 4). Parece natural que, según la mentalidad mundana, los jefes de la comunidad civil sean los que se distinguen por sus dotes y capacidades humanas o por

su sentido de la responsabilidad a la hora de administrar los servicios comunitarios. Por otra parte, también es natural que el hombre sienta deseos de sobresalir. De ahí que también los apóstoles se dejen llevar por discusiones interesadas sobre los puestos que van a ocupar y sobre quién de ellos es el más importante (v. 1). El Señor toma, entonces, a un niño y lo pone a su lado, en el centro, y responde con unas palabras precisas: «*El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos*» (v. 4). Sólo el pequeño es «grande», porque es inocente, sencillo y carece de pretensiones. El niño, en efecto, tiene necesidad de los otros, no tiene libertad de acción, se confía al que es mayor que él, consciente de su fragilidad y de su pobreza. El niño, para Jesús, es símbolo del verdadero discípulo, porque quien se hace pequeño está disponible, deja más espacio en él a la obra y a la acción del Espíritu. Se hace grande por la fe en el Señor y encuentra la fuerza en su nombre. El niño es también la imagen de Jesús, que se abandona con una total confianza y obediencia en manos del Padre; por eso dice aún: «*El que acoge a un niño como éste en mi nombre a mí me acoge*» (v. 5).

MEDITATIO

La sociedad en la que vivimos ha creado barreras entre ricos y pobres, entre blancos y negros, entre el norte y el sur del mundo, entre grandes y pequeños. ¿Cómo hacer para romper esta barrera de la desconfianza? Considerando a cada hombre hermano nuestro, creando una familiaridad con él.

Este principio es igualmente válido con los jóvenes. Decía don Bosco: «Sin familiaridad no se demuestra el amor, y sin esta demostración no puede haber confianza. Quien quiera ser amado necesita hacer ver que ama.

Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras flaquezas. ¡He aquí el maestro de la familiaridad! El maestro al que se ve sólo en la cátedra es maestro, y no más, pero si va al recreo con los jóvenes se vuelve como hermano [...]. Quien sabe que es amado, ama, y quien es amado lo obtiene todo, especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece una corriente eléctrica entre los jóvenes y los superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. Este amor hace soportar a los superiores las fatigas, las molestias, las ingratitudes, los estorbos, las carencias, la negligencias de los jovencitos. Jesucristo no rompió la caña quebrada ni apagó el pábilo vacilante. Éste es vuestro modelo» (de la *Carta de Roma*, 1884).

ORATIO

Oh María, Virgen poderosa;
 tú, magna e ilustre defensa de la Iglesia;
 tú, ayuda admirable de los cristianos;
 tú, terrible como ejército en orden de batalla;
 tú, que has destruido por ti sola todos los errores del mundo, defiéndenos del enemigo
 en las angustias, en las luchas, en las necesidades,
 y, en la hora de la muerte,
 acógenos en los goces eternos. Amén.

(*Invocación de san Juan Bosco a María Auxiliadora*).

CONTEMPLATIO

Dos son los engaños principales con los que el demonio intenta alejar a los jóvenes de la virtud. El primero es hacerles pensar que servir al Señor consiste en una

vida melancólica y alejada de toda diversión y placer. No es así, queridos jóvenes. Deseo enseñaros un método de vida cristiana que puede poner os al mismo tiempo alegres y contentos, señalándoos cuáles son las verdaderas diversiones y los verdaderos placeres, a fin de que podáis decir con el santo profeta David: «Sirvamos al Señor con santa alegría (*Servite Domino in laetitia*). Ése es precisamente el objetivo de este librito, servir al Señor y estar alegres.

El otro engaño es la esperanza de vivir una larga vida con la comodidad de convertirse en la vejez o en la hora de la muerte. Llevad cuidado, hijos míos, pues muchos fueron engañados de este modo. ¿Quién nos asegura que llegaremos a viejos? Sería preciso llegar a pactos con la muerte para que nos espere hasta ese tiempo: ahora bien, la vida y la muerte están en manos del Señor, que puede disponer de ellas como le plazca. Y si Dios os concediera larga vida, oíd la gran advertencia que os da: el camino que el hombre empieza en la juventud, continúa en la vejez hasta la muerte. Y eso significa: que si empezamos una buena vida ahora que somos jóvenes, buenos seremos en los años de la vejez, buena será nuestra muerte y principio de una felicidad eterna [...].

Queridos míos, os amo de todo corazón, y basta con que seáis jóvenes para que os ame más. Puedo aseguraros que podéis encontrar muchos libros aconsejados por personas mucho más virtuosas y más doctas que yo, pero difícilmente podréis encontrar a alguien que os ame más que yo en Jesucristo y desee más vuestra felicidad. Así pues, que el Señor esté siempre con vosotros y haga que, practicando estas pocas sugerencias, podáis llegar a salvar vuestras almas y aumentar así la gloria de Dios (Juan Bosco, «Prologo al Giovane Provveduto», en J. Aubry [ed.], *Giovanni Bosco. Scritti spirituali / 1*, Roma 1976, pp. 111-113).

ACTIO

Durante la jornada de hoy, repite con frecuencia y ora con san Juan Bosco:

«*Dame las almas y coge todo lo demás*» (Gn 14,21).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La Iglesia ama intensamente a los jóvenes: siempre, pero sobre todo en este período del 2000, se siente invitada por su Señor a mirarlos con especial amor y esperanza, considerando su educación como una de sus principales responsabilidades pastorales [...]. La situación juvenil en el mundo de hoy —a un siglo de la muerte del santo, a quien mi predecesor Pío XI no dudó en definir como *educator princeps*— ha cambiado mucho y presenta condiciones y aspectos multiformes, como bien saben los educadores y pastores. Sin embargo, también hoy subsisten las mismas preguntas sobre las que el sacerdote Juan Bosco meditaba desde el comienzo de su ministerio, deseoso de comprender y determinado a obrar. ¿Quiénes son los jóvenes? ¿Qué quieren? ¿A qué tienden? ¿De qué tienen necesidad? Éstas, tanto entonces como hoy, son preguntas difíciles, aunque inevitables, a las que todo educador debe hacer frente.

No faltan hoy entre los jóvenes de todo el mundo grupos genuinamente sensibles a los valores del Espíritu, deseosos de ayuda y apoyo en la maduración de su personalidad. Por otra parte, es evidente que la juventud está sometida a impulsos y condicionamientos negativos, fruto de visiones ideológicas diferentes. El educador atento sabrá darse cuenta de la concreta condición juvenil e intervenir con segura competencia y clarividente sabiduría [...]. Tal vez, hoy como nunca educar se ha convertido en un imperativo vital y social al mismo tiempo, que implica una toma de posición y una voluntad decidida de formar personalidades maduras. Tal vez, hoy como nunca el mundo necesita individuos, familias y comunidades que hagan de la educación su propia razón de ser y se dediquen a ella como finalidad prioritaria, a la que entreguen sin reservas sus energías, buscando colaboración y ayuda, a fin de experimentar y reno-

var con creatividad y sentido de la responsabilidad nuevos procesos educativos. Ser educadores hoy comporta una verdadera y propia opción de vida, a la que es una obligación dar reconocimiento y ayuda por parte de cuantos tienen autoridad en las comunidades eclesiales y civiles (Juan Pablo II, carta *Juvenum Patris, passim*).